Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Librerias de Jordan Rios, Perez y Cuesta.

AMOR Y AMBICION O EL CONDE HERMAN.

Drama en cinco actos, escrito en francés por el célebre Alejandro Dumas *y traducido por* D. Ramon de Valladares y Saavedra *y* D. Laureano Sanchez Garay, *para representarse en Madrid el año de* 1851.

PERSONAGES.

EL CONDE HERMAN DE SCHAWEMBOURG.
EL BARON KARL DE FLORSHEIM, *su sobrino.*
EL DOCTOR FRITZ STURLER.
EL BARON FRANTZ DE HANFFENBACH.
EL PRINCIPE ELIM DEMBIRSKI, *joven ruso.*
EL VIZCONDE AMADEO D' HORNOY, *joven francés.*
WALTER DE THORKIL.
DE FALK, *consejero del gran duque de Baden.*
STURLER, *padre, director de los baños.*
WILDMANN, *guardabosque.*
JORGE, *criado.*
HUBERT, *criado.*
UN JUGADOR.
UN MOZO DE FONDA.
MARIA DE STANFFENBACH.
MARTA, *su nodriza.*

ACTO PRIMERO.

Salon de reunion en los baños de Baden.

ESCENA PRIMERA.

STURLER *y* JORGE.

STUR. (*á Jorge que pone una mesa á la derecha.*) Otro cubierto; son cuatro los caballeros que han de venir, el príncipe Elim, el consejero de Falk. M. Walther de Thorkill y el vizconde Amadeo d' Hornoy. Bien! Ahora á vuestro gefe, que todo esté dispuesto para las once en punto.

ESCENA II.

STURLER *y* KARL DE FLORSHEIM.

KARL. (*aparece en la puerta en trage de camino, con las botas empolvadas y un látigo en la mano. Habla con uno, á quien no se vé.*) Bien! Os he insultado, no es verdad, caballero? Está dicho y convenido; teneis la eleccion de armas. He aqui mi tarjeta; estoy á la disposicion de vuestros testigos y espero. (*volviéndose.*) Buenos dias, papá Sturler.
STUR. Quereis decirme que es eso, caballero?
KARL. Nada, absolutamente, nada.
STUR. Creia haber oido...
KARL. Habeis oido mal, mi buen amigo.
STUR. (*admirado.*) Perdonad; pero me dispensais el honor de hablarme...
KARL. Como á un antiguo amigo, no es esto? Vamos, miradme bien.
STUR. Caballero, ya os miro, y en efecto, me parece...
KARL. No os acordais de mi?
STUR. Si... vos sois...
KARL. Vamos, quién?
STUR. Sois... sois .. el Baron Karl de Florsheim.
KARL. En efecto, lo soy. Vengo muy tostado, no es verdad? Qué quereis, amigo Sturler, es necesario venir á buscaros atravesando el sol de Montevideo, ó de Buenos Aires.
STUR. Si sois el baron Karl de Florsheim, podreis darme noticias de vuestro tio, el conde Herman.
KARL. Y de las mas frescas, mi buen Sturler. Hace una hora que me he separado de él; dentro de algunos minutos le tendremos aqui.
STUR. Y Fritz, mi hijo?
KARL. A Fritz, vuestro hijo, vais á volver á verle, pobre padre.
STUR. Como! vendrá aqui... aqui, dentro de un instante! Ah! Eso no es de creer.

7

KARL. Creedlo; es tan bueno creer en una felicidad!

STUR. Gracias, gracias, Mr. Karl. Ante todas cosas, el conde está contento con Fritz?

KARL. Oh, como médico, está encantado con él; le ha hecho grandes servicios, y por desgracia aun le queda que hacer.

STUR. Como! la salud del señor conde?...

KARL. Se halla en muy mal estado, amigo Sturler. Desde que salió herido en un duelo que se verificó en Montevideo, arroja de cuando en cuando, y siempre que esperimenta alguna emocion fuerte, sangre por la boca. Esto hace que todos opinen mal de él. Ahora se le trae á Europa, porque Fritz opina que le probará mejor estar en su pais natal.

STUR. Mr. Karl, me habeis dicho que el conde Herman estaba contento con Fritz como médico, no está descontento con él como hombre?

KARL. No. Es un buen compañero vuestro hijo. Un poco escéptico, un poco materialista y un poco ateo; pero qué quereis? No se está haciendo anatomia durante tres años, sin que uno deje la mejor de sus creencias en la punta del escalpelo

STUR. Oh! el desgraciado!.. Hoy se lo decia yo à su prometida; lo que le falta, no es voluntad, ni estudio, ni ciencia; es fé.

KARL. Sin embargo, amigo Sturler, en alguna cosa tendrá fé, puesto que va á casarse.

STUR. Creedme, si quereis, Mr. Karl. Dios mio! Tal vez hago mal en hablar asi de mi hijo, de mi único hijo! Pero en este matrimonio, por noble, por bella, por pura que sea su prometida, tengo miedo de que haya algun cálculo de ambicion, alguna combinacion de fortuna. Esa amistad que veis en un simple estudiante, en el hijo de un pobre posadero como yo con un señorito como Mr. Frantz de Stanffenbach, oculta algun pacto conocido solamente de ellos dos Mr. de Stanffenbach es un jugador, está consumiendo su patrimonio, y tiene mucha necesidad de dinero.

KARL Y que!.. vuestro hijo es bastante rico para ocurrir á sus necesidades? No, no puede haber entre los dos mas pacto que una amistad de universidad. No creo capaz de esos cálculos á los jóvenes de nuestra edad, amigo Sturler. La juventud tiene sus defectos; pasiones mas bien que vicios, pero tiene tambien sus buenas cualidades.

STUR. Fritz jamás ha sido joven.

KARL. Bueno, pero amigo Sturler, vos estais acusando á vuestro hijo, y yo defendiéndole. En verdad que hemos trocado los papeles.

STUR. Es cierto, dispensadme, Mr. Karl.

KARL. Estais dispensado... Volviendo á mi tio; teneis una habitacion para él?

STUR. Una habitacion para el conde Hermann! Toda la casa si la quiere.

KARL. Debeis conocer que no queremos incomodar á nadie; sin embargo, deseo que el conde esté alojado á su gusto, y segun sus hábitos. He aqui por qué me he adelantado.

STUR. (*bajo.*) No ha venido, pues, por verme, un cuarto de hora mas pronto.

KARL. (*continuando.*) Decid á uno de los mozos que me enseñe la casa, y escojeré lo que me parezca.

STUR. Os acompañaré yo mismo.

KARL. No, de ningun modo, es inútil. Mirad, esos caballeros tendrán que hablar con vos. (*señala á Walther y Amadeo que han entrado durante la conversacion.*) Ademas, olvidais que va á venir vuestro hijo, y que viniendo conmigo, no estariais aqui para recibirle?

STUR. Bien, Mr. Karl, pensais en todo. (*á un criado.*) Jorge; acompaña al señor baron, y enséñale todas las habitaciones que hay vacantes en la fonda. (*Karl saluda á los que han entrado, y sale*)

ESCENA III.

Los mismos, despues el consejero ALBERT *y el* PRINCIPE.

WAL. Amigo Sturler, acabo de oir nombrar al conde de Herman.

STUR. Si, á su sobrino que me anuncia su vuelta.

AMA. Quién es ese conde de Herman, Walther?

WAL. Bien se conoce que es la primera vez que estais en Alemania, vizconde.

AMA. Por qué?

WAL. Vuestra pregunta es como si yo, siendo vos francés, os preguntára quien era un Armagnac, ó un Guisa, si aun os queda algun Guisa ó Armagnac.

AMA. Entonces pertenece á la antigua nobleza ese Herman?

WAL. Se remonta hasta el infinito.

FALK. (*entrando.*) Hablais de Herman de Schawembourg?

WAL. Si, del mismo.

FALK. Está aqui?

WAL. No, pero estará dentro de un momento.

AMA. Es amigo vuestro?

FALK. Somos compañeros de universidad. Hemos estudiado juntos en Heidelberg. Y vos Thorkill, le conoceis?

WAL. No, pero nuestros abuelos se conocieron en 1337; afortuñadamente para este vuestro servidor, que no hubiera venido al mundo sin esta circunstancia.

ELIM. (*entrando.*) Estos diablos de alemanes os hablan del siglo XIV, como si estuviesen en los tiempos del emperador Maximiliano.

WAL. Esto admira á vosotros los rusos, que habeis nacido ayer. Verdad és que vosotros sois todos príncipes, mientras que nosotros, somos simplemente caballeros; pero lo somos hace seiscientos años.

AMA. Mas en realidad, quién es ese conde Herman?

FALK. Quién es? Os lo voy á decir, vizconde; es la caballerosidad del siglo XV, unida á la cortesania del XVIII, es el complemento de todas las cualidades que hacen del hombre el rey de la creacion, el valor, la lealtad y la poesia. Gracias á su inmensa fortuna, fortuna que se ha trasmitido por fideicomisos, y conservado por los mayorazgos, ha visitado todo el mundo, ha visto de todo, probado de todo, se ha atrevido á todo, y de todo ha gozado. Ahora gasta su vida.

WAL. Cómo es eso?

FALK. Si, se está muriendo poco á poco de yo no sé qué enfermedad de pecho; dicen que de una herida; pero se muere como un hombre

que no tiene nada de que arrepentirse acá abajo, y nada que temer allá arriba. Su sobrino, el baron Karl, será el heredero de una docena de millones esparcidos por la superficie del globo, en Alemania, en la América y en la India. Si el conde hubiera nacido en la edad media, en la épocaa de las grandes aventuras, hubiera sido un héroe como lo fué Gaetz de Berlichingen ó Juan el de las Bandas Negras. En todas partes donde ha habido guerra desde que es hombre, se ha hallado atraido por el olor de la pólvora; en España en 1823; en Grecia en 1826; en Africa en 1832. En todas partes ha arriesgado su vida, con ese descuido que le hace superior al hierro y al fuego. Pardiez, si dudais esto, preguntádselo á Sturler, que á cada una de mis palabras hace señales afirmativas. No es cierto, Sturler, que todo lo que he dicho del conde es verdad?

STUR. Si, es verdad, señor consejero, que apruebo cuanto decis; y aun no decis la cuarta parte de lo que se merece el conde de Herman que se diga de él. (*al criado que entra.*) Ha encontrado Mr. Karl lo que deseaba?

JOR. Ha escogido todo el pabellon.

STUR. Y no se le ofrece mas?

JOR. Parece que no; solamente se le ha olvidado encargaros el almuerzo para el conde; pero cree que vuestra diligencia, reparará este olvido.

ELIM. (*acercándose.*) Un almuerzo! Aqui está ya dispuesto, amigo Sturler.

STUR. Si, pero este es para vos, señores.

ELIM. Nosotros propondremos al conde tomar parte en él. Algunas veces en sus viajes habrá comido en peor compañia.

FALK. Apoyo la proposicion.

WAL. Y yo me encargo de presentarla.

AMA. Bravo!

STUR. Esto va á las mil maravillas, pues creo que ya está aqui.

WAL. Vamos presto, Jorge; dos cubiertos mas, uno para el tio y otro para el sobrino.

STUR. Oyes? Yo voy al encuentro de mi hijo.

ESCENA IV.

Los mismos, el CONDE HERMAN, FRITZ, *y* STURLER.

HER. Eh! aguardad, he aqui vuestro hijo, os le devuelvo sano y salvo, amigo Sturler.

STUR. (*abriendo los brazos.*) Permitireis, señor conde...

HER. Si, permito que un padre abrace á su hijo, á quien no ha visto hace tres años. En verdad, que el decir que no, seria ofender á Dios. Vamos, Fritz. (*le adelanta.*) menos respeto y mas corazon.

STUR. Hijo mio, caro Fritz, querido hijo!

FRITZ. Padre mio, que feliz soy en volveros á ver!

HER. Vé aqui una bella frase, y ya no tiene mas que decir. Pero Fritz, los ángeles quisieran mejor una simple lágrima por pequeña que fuera. En fin, nadie puede dar mas de lo que tiene. Yo, Sturler, te doy tu hijo. A menos que suceda alguna cosa estraordinaria, os concedo, Fritz, libertad por toda nuestra permanencia aqui.

STUR. (*besando la mano á Herman.*) Gracias, señor conde. Ven, querido Fritz, ven á contarme todo lo que ha sucedido desde hace tres años. Ya sabes que en este tiempo, no he tenido mas que dos cartas tuyas; una de Habre, y la otra de Rio Janeiro. (*salen.*)

ESCENA V.

Los mismos menos STURLER *y* FRITZ.

HER. (*siguiéndoles con la vista.*) Esto es muy natural; es menester que las cosas sucedan asi; la naturaleza mira adelante. Ademas, á su vez, quizás sea él un buen padre. (*se vuelve y vé á los tres convidados; cada uno tiene un vaso de vino del Rhim en la mano. Thorkill, que es el que está mas cerca del conde, tiene dos.*) Perdonad, señores, estaba embebido en contemplar la alegria de nuestro patron. Dispensadme.

WAL. (*presentando su vaso á Herman.*) Señor conde, rehusareis tomar parte en el brindis que vamos á proponer?

HER. Os suplico me digais, que brindis es ese.

WAL. Este: por la vuelta del conde Herman á su pais natal. Por los felices dias que promete á su patria; uno de sus mas nobles hijos.

HER. Mucha descortesia seria el que yo no acogiera ese brindis con cordial reconocimiento. Gracias, pues, señores, y Dios convierta en felicidades para vos y vuestra familia, el deseo que acabais de manifestar. Ahora puedo saber, por qué merezco tan grata acogida?

WAL. Conde, jamás nos hemos visto; pero por poco familiar que os sea la historia de vuestros antepasados, tan gloriosamente entrelazada con la de la antigua Alemania, mi nombre no os debe ser enteramente desconocido. Me llamo Walther de Thorkill.

HER. Teneis razon, caballero, y nuestro conocimiento es tanto mas respetable, cuanto que data de 1337.

ELIM. Eso ya lo habeis dicho, Thorkill; pero no habeis contado, cómo se hizo este conocimiento.

HER. Oid su historia en dos palabras, señores; uno de mis antepasados, Herman Theodoric de Schawembourg, conspiró contra el emperador Carlos IV, y se unió para conspirar con otros tres; los cuatro fueron cogidos y condenados á ser decapitados. Tenian derecho á esto, porque se ceñian espada y pertenecian á la antigua nobleza. El emperazor quiso asistir á su suplicio; lo hacia por dispensarles este honor, ó por cerciorarse de que fuesen bien ejecutados? La crónica no lo dice; pero lo que resultó, fue que su presencia produjo un resultado inesperado Herman de Schawembourg estaba ya arrodillado, y aguardaba el golpe mortal, cuando divisó al emperador y le hizo la seña de que tenia algo que pedir. Habla, le dijo el emperador. César, dignate concederme una gracia; si, como no sea la tuya. Permites que se me decapite el primero? Te lo permito. Permites que mis compañeros se coloquen en linea, á tres pasos el uno del otro, el primero á tres pasos de mi; el segundo á seis, y el tercero á nueve? Lo permito. ¿Permites, por último, que no esten atados mis dies ni mis manos durante la ejecucion? Tam-

bien lo permito; pero dónde vas á parar? A esto, gran César, dijo Herman; si cortada mi cabeza, me levanto y toco con el dedo á el primero de mis cómplices, le perdonas? Si. Si del primero, paso al segundo, y le toco con el dedo, le perdonas tambien? Si. Por último, si del segundo paso al tercero, y le toco tambien con el dedo, le perdonas igualmente? Si. Me dás tu palabra imperial? A fé de César. Está bien. Entonces á una seña del emperador, el verdugo desató los pies y las manos del condenado. Herman en seguida se arrodilló, y despues de hacer por un breve espacio oracion: Dios sea conmigo, dijo, hiere. Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando el ejecutor separó la cabeza del cuerpo. Mas bien pronto el conde Herman se levantó, y su cuerpo sin cabeza fue á tocar con el dedo á sus tres compañeros, uno despues de otro, permaneció en pie, como si esperase á que el emperador cumpliese su palabra. Bien, conde Herman, dijo el emperador, están perdonados; dicho esto, el conde de Herman cayó. De aqui proviene el hombre sin cabeza que llevamos en nuestras armas. Tradiciones, crónicas, fábulas direis. No importa; señores, eran grandes hombres los que servian de objeto á semejantes relaciones; mientras que nosotros, oh! nosotros! yo tengo miedo de que á los ojos de la posteridad, no seamos sino unos miserables pigmeos. Vuestra mano, baron de Thorkill.

FALK. No dispensareis el mismo honor á un hombre cuyas relaciones con vos, datan únicamente de 1817?

HER. (*mirándole.*) Ah! Sois vos, mi caro Falk. (*abrazándole.*) Permitidme, señores; somos dos antiguos compañeros de universidad, dos estudiantes de Heidelberg. Mas de una vez hemos manejado la espada el uno contra el otro. Mirad donde tiene una cicatriz de que soy causa, y yo tengo una señal que él me hizo. Celebro mucho veros, amigo Falk. No os suplicaré el que me presenteis á estos señores, que me conocen ya, pero os suplicaré me presenteis á estos, á quienes no conozco.

FALK. El príncipe Elim y el señor vizconde de Hornoy?

HER. Príncipe, creo que he tenido el honor de conocer á vuestro padre en Varsovia, mandando un regimiento de la guardia.

ELIM. Es verdad, caballero.

HER. Vizconde, yo solicitaré vuestra amistad para mi sobrino, que es, no un estudiante de Heidelberg, sino un discípulo del colegio de Enrique IV.

AMA. Ya hemos hecho conocimiento con él hace poco, señor conde; nos hallábamos aqui cuando llegó, y por él hemos sabido vuestra vuelta.

FALK. Y este conocimiento se completará, amigo conde, si aceptais, para vos, y para él, un puesto en nuestra mesa, y una parte en nuestro almuerzo.

HER. Con mucho gusto, querido Falk; quién sabe si pasarán veinte años sin que nos volvamos á ver? La última vez que nos vimos, os acordareis, el recuerdo es triste... que fue en una pradera al pie de un cadalso.

AMA. Al pie de un cadalso?

HER. Era el 24 de mayo de 1820, dia en que se ejecutó á Sand, el pobre Sand! que habia asesinado á Kotzelne creyendo que tenia mas posicion de la que se le suponia. Alli nos hallábamos todos, vos Falk, Grudner, Hammerstein, y dos mil personas mas. Cuando cayó su cabeza, levantamos nuestra voz, y nos precipitamos para mojar los pañuelos en la sangre fraternal; todo esto lo haciamos gritando: Muerte á los tiranos de Alemania! Viva la libertad del mundo! Esta guerra era declarada á todos los príncipes, á todos los reyes, á todos los emperadores! Y qué habeis llegado á ser vos, querido Falk? Creo que sois consejero del gran duque de Baden. Qué es Grudner? Le he encontrado en Paris, siendo, me parece, embajador del rey de Prusia. Qué es Hammerstein? He leido, no sé dónde, que era ministro del emperador. Yo mismo, qué soy, qué significa esta cinta que llevo en el ojal? Pobre Sand! pobre mártir! pobre loco! Morid, pues, por un pueblo, y sacrificaros por una idea! Veinte años despues de vuestra muerte, no quedará mas que un solo pañuelo de los que se empaparon en vuestra sangre, y si quedan, servirán, ya desteñidos, para limpiar el polvo que los zapatos de los cortesanos recojen en las antecámaras; pero en cambio habrá consejeros áulicos, embajadores y ministros. Los ministros, los embajadores y los consejeros áulicos, son eternos. (*al mozo.*) Amigo, decid á Mr. Karl de Florsheim, que se le espera para almorzar.

JOR. Justamente ando buscándole, señor conde.

HER. Le buscais?

JOR. Dos oficiales bávaros desean hablarle. Estas son sus targetas.

HER. Traed. (*las mira.*) Decid al baron, que baje al instante; debe estar en su cuarto. (*sale el criado.*) Dispensadnos, señores, acabamos de llegar y tal vez tengamos que salir.

ESCENA VI.

Los mismos, y KARL.

KARL. Me llamais, tio mio?

HER. Si, primeramente para presentarte á estos señores, que quieren partir su almuerzo con nosotros.

KAR. (*saludando.*) Señores...

HER. En segundo lugar, para darte estas targetas. (*le mira.*) Son de dos oficiales bávaros.

KARL. Estan ahi?

HER. (*mirándole siempre.*) Si, están esperándote.

KARL. Bien, gracias, no dudo á qué vienen.

HER. (*deteniéndole.*) No es cosa que importe?

KARL. Segun, ya os lo diré ahora, pero no puedo hacerles aguardar. Señores, vuelvo. (*sale.*)

AMA. Obrad, como si fuéramos amigos antiguos.

ESCENA VII.

Los mismos, menos KARL.

FALK. Decidnos ahora, señor conde, si nuestros temores son fundados. Se asegura, que desde que recibisteis cierta herida, vuestra salud está delicada.

HER. En efecto, asi lo aseguran.

FALK. Cómo que lo aseguran!

HER. Es muy enfadoso tener que ocuparse uno

de su salud; yo he presentado mi dimision de enfermo, y esta no es cuenta mia.

AMA. Pues de quién?

HER. De mi médico el doctor Fritz, el hijo de nuestro patron. Me le han recomendado como un hombre muy sábio, pero desprovisto de parroquianos. Le he nombrado superintendente de mi salud, con doce mil libras de renta mientras yo viva, y seis mil despues de mi muerte; tiene pues mucho interés en que dure su pension, y asi me cuida á las mil maravillas, Oh! no es muy envidiable su plaza, os lo aseguro.

WAL. En efecto, señor conde; Falk nos ha dicho que teneis un caracter muy aventurero, y que correis tras el peligro, como otro correria tras el placer, ó tras la fortuna.

HER. Os responderé, amigo Walter, lo que Shakespeare respondia á César. El peligro y yo somos dos leones nacidos un mismo dia, solo que yo soy el primogénito. Creedme, señores, no es mucho mérito el ser valiente, cuando está uno casi solo en la tierra, cuando se han agotado los placeres que dá un gran nombre, ó los que proporciona una gran fortuna; cuando se ha dejado lo que tiene de malo la sociedad, cuando se ha tomado lo que tiene de bueno; cuando se ha dado vuelta al mundo, ó poco menos; ha estado unas dos veces cara á cara con la muerte en el combate; con Dios en la tempestad. No sé dónde, cuando, ni en qué condicion tengo que morir; pero os digo, que si á la hora de mi muerte, Karl, mi único pariente, y mi única afeccion, se halla á mi lado para apretarle la mano, pasaré de este mundo al otro, sin derramar una lágrima, sin dar un suspiro, sin tener un pesar; y sin pedir á Dios que me conceda un dia, una hora, un segundo mas del tiempo fijado.

ELIM. Pero vos sois joven aun, conde.

FALK. Cerca de treinta y ocho años.

HER. Es verdad; pero ya sabeis que la existencia no se mide por los dias trascurridos, sino por las emociones esperimentadas. Rafael y Byron, que murieron á los 38 años, han vivido mas que algun anciano que murió á los ciento; en la última hora, se mide el tiempo por estos recuerdos; pues bien, buenos ó malos yo he reunido un gran número de recuerdos.

VAL. Y esa herida, por la que tanto sufris, es uno de esos recuerdos?

HER. Si; y uno de los mas terribles. Me hallaba en Montevideo; habia tomado por querida una de esas criaturas de sangre mezclada, una de esas descendientes de portugués, y de los antiguos dueños de la costa; una hija de la tierra, como se dice allá abajo, que se llamaba Juana. Una noche la vi pálida y temblorosa, y me dijo que un gefe de cazadores de Pampas, un antiguo amante, habia vuelto á Montevideo, y que temia por ella y por mi. Me sonrei y traté en vano de tranquilizarla. Sus cabellos eran tan largos que caian hasta la tierra, y tan negros como el azabache; junto á ellos, todos los demas parecian rubios; insistió en que se los cortase y los llevára conmigo, á lo que me negué; á media noche, cuando me separé de ella, me encontré con un hombre emboscado en el rincon de una casa vecina á la suya, que me siguió hasta la mia, pero sin insultarme y muy silenciosamente. A la mañana siguiente, me despertaron diciéndome, que un gefe de cazadores se andaba paseando á caballo delante de mi puerta, y que una parte del pueblo de Montevideo, se habia reunido bajo mis ventanas. Me levanté y me asomé á la ventana. El gefe, vestido de gala, con el traje de guerra, y montado en un caballo salvaje, pasaba y repasaba en efecto por delante de mi casa, pero en lugar de las crines de la cola, el caballo arrastraba por el polvo de la calle una hermosa cabellera de muger, con esta inscripcion: «Estos cabellos, son los cabellos de Juana.» No llevaba mas armas que un cuchillo de monte en la cintura, tomé un cuchillo igual y una pistola, sali, y dirigiéndome á él disparé la pistola sobre la cabeza del caballo, despues arrojando lejos de mi el arma descargada, desenvainé el cuchillo, y dije; ahora á su dueño. Este se apeó, y viniendo á mi, apoyó su pie izquierdo contra el mio, entonces empezó un combate, á la vista del cual, quizá todo el mundo temblaba y palidecia, escepto los combatientes. Las dos hojas que brillaban desaparecieron á un mismo tiempo, solamente que su hoja no hizo mas que atravesarme el pulmon, mientras la mia, le atravesó el corazon; asi, que él cayó, muriendo en el acto, mientras que yo no moriré sino en un tiempo dado: esto os lo dirá Fritz; esto es un asunto de cronológia. Esta relacion os parece estraña, no es verdad? Semejantes aventuras son agenas á nuestras costumbres, puesto que somos hombres del norte, pero, qué quereis? Es preciso ahullar estando entre lobos, y rugir estando entre leones. (*á Karl que entra y le toca en la espalda.*) Qué quieres, querido Karl?

ESCENA VIII.

Los mismos y KARL.

KARL. Dos palabras, tio.

HER. (*levantándose.*) Me lo permitis, no es verdad?..

FALK Con tanto mas motivo, querido conde, cuanto que el principe Elim y yo, tenemos que abandonaros á nuestro pesar, por tener audiencia el gran Duque á una hora dada.

HER. Adios, amigo príncipe; hasta que tenga el honor de volveros á ver. (*los dos que deben salir, se alejan un momento en union de los otros dos, hablan en la puerta, y concluyen por salir.*) Qué sucede, Karl?

KARL. Una cosa por la que no es necesario os incomodeis.

HER. Tienes algun mal negocio?

KARL. Si; cuando me adelanté para preparar el alojamiento, atravesé el paseo en el momento en que dos mugeres, la una joven y la otra ya de edad, llegaban al carruage que las esperaba á la conclusion del paseo. Un estudiante algo bebido, á lo que creo, seguia á las dos mugeres, insistiendo en que la mas joven le diera el brazo; no sé si me engañé, pero me pareció que la que mas era victima de esta persecucion, levantó hácia mi sus ojos, pidiendo socorro; fuese asi ó no, dirigi mi caballo hácia el joven insultante, y para llamar su atencion, le toqué en la espalda con el látigo.

HER. Has hecho mal, Karl, quien toca, hiere.

KARL. Por eso él se ha creido ofendido; yo no me retracté de lo hecho, y le di una targeta para que supiera quién yo era, y me enviase los testigos. Estos ya han venido, y son los que me buscaban.

HER. Y qué han acordado?

KARL. Que nos batiremos á veinte pasos, cada uno con sus armas, sino me retracto. Ya conoceis que no he accedido á la retractacion, y he aceptado las condiciones propuestas.

HER. (*con voz que se altera á medida que habla.*) Cuándo ha de tener lugar el combate?

KARL. Lo mas pronto posible; la discusion ha tenido lugar en el paseo, y el duelo está severamente prohibido en los estados del gran Duque.

HER. Esos señores esperan en la puerta?

KARL. No; detrás de los muros del parque, á donde voy á unirme á ellos.

HER. Está bien; que te dé mi ayuda de cámara las pistolas de culata de marfil, que son las mejores. Tiras bien con ellas, no es verdad?

KARL. Pero si ..

HER. Hace mucho tiempo que no tiras?

KARL. Durante la travesia, he tirado á algunos pájaros que venian á pararse en las vergas.

HER. Y estás satisfecho de ti?

KARL. Tenia buen tino.

HER. Y testigos?

KARL. No los tengo.

HER. Yo me ofreceria, pero siendo un pariente tan próximo, tu adversario podria recusarme

KARL. (*señalando á Walther y Amedeo.*) Si estos señores quisiesen hacerme este servicio.

HER. Es preciso suplicárselo. Anda, tengo que decir dos palabras á Fritz.

ESCENA IX.

Los mismos, KARL, WALTHER *y* AMEDEO *en el fondo; Herman y Fritz mas acá.*

HER. Venid, Fritz, venid.

FRITZ. Qué quereis, señor conde? Una discusion, una querella?

HER. Silencio! Que esto quede entre nosotros. Iba á llamaros, gracias por haber venido. Si, es una querella, en la cual, á Dios gracias, la injusticia está al lado del adversario de Karl. Se trata de una joven insultada, cuya defensa, tomó él; ya os lo contará. Vos le acompañareis en el campo, y no os separareis de él ni un segundo. Karl es mi único pariente; y ya sabeis lo que le quiero. Es mas que un sobrino para mi, es un hijo.

KARL. Estos señores aceptan, conde.

HER. Gracias, señores, gracias en mi nombre y en el de mi sobrino.

WAL. Cómo!

KARL. Voy á buscar las armas. En seguida bajo.

HER. Me le conducireis sano y salvo, Fritz.

FRITZ. Nadie puede responder de la direccion que toma una bala, señor conde.

HER. Es cierto, sois lógico como un médico.

FRITZ. Pero de lo que puedo responderos, es de que en caso de suceder una desgracia, todo lo que pueda hacerse por la ciencia, se hará.

HER. Bastante es eso, que es lo que yo puedo pedirte, Fritz; pero ya sabes que en uno ú otro caso, quiero saberlo al instante; nada de engaños ni de rodeos, la verdad.

FRITZ. Estad seguro. Pero qué teneis?

HER. Yo? Nada.

FRITZ. Ya sabeis, señor conde, que esas emociones os son fatales.

HER. No estoy conmovido.

FRITZ. Si salivais sangre, esprimid un limon en un vaso de agua, y bebed.

HER. Gracias, Fritz. No digas nada de esto á tu padre, y que venga; quiero hablar con él (*Fritz sale.*) Ven aqui, Karl. Harás muy bien en armar y desarmar muchas veces las pistolas para acostumbrar tu dedo al gatillo. Abotona tu levita para que no se vea el chaleco blanco; esconde el cuello de la camisa en la corbata, y oculta todos los puntos sobre los que se pueda fijar el ojo de tu adversario. Está bien; ahora, valor y calma como el de un hombre que tiene la razon de su parte. Abrazame, Karl, y que Dios te guarde. Señores, os le recomiendo; partid con él las ventajas y desventajas del sol, del terreno; nada mas ni menos Id con Dios; señores. (*salen.*)

ESCENA X.

HERMAN *solo, despues* STURLER.

HER. Sobre qué descansas, pobre destino humano! He aqui un hombre que ha necesitado 2 años de naturaleza para formar su parte material, 15 años de educacion para formar su parte de inteligencia; la naturaleza y la educacion acaban por fin de completar su obra; este hombre va á ocupar un puesto entre los demas hombres, va á ser esposo, va á ser padre, y va á trasmitir á sus descendientes el nombre, la vida, y la fortuna que ha recibido de sus abuelos; este hombre pasa por una plaza pública, encuentra un estudiante borracho, que insulta á una muger, toma la defensa de esta, y he aqui la existencia de este hombre que depende... de qué? No de su inteligencia, no de su virtud, no de su valor, sino de la mayor ó menor firmeza de la mano, del mayor ó menor acierto de su adversario. Dios mio, perdona al que diga que algunas veces vuestra providencia es hermana de la casualidad. (*se abre la puerta del fondo.*) Qué es eso? Ah! es que llega la hora de jugar.

UNA VOZ. (*en la pieza del fondo.*) Haced vuestro juego, señores. (*se oye el ruido del dinero.*)

HER. La vida, juego eterno, ruleta sin fin al rededor de la cual se suceden las generaciones, donde los unos juegan su honor, otros su dinero, otros su existencia! Parece imposible que el temor haga al hombre supersticioso! Qué idea tan estraña! Y por qué se me ha presentado? Veamos. (*saca un billete de mil francos de su cartera.*) Mil francos á la roja.

UNA VOZ. A la roja.

HER. Si, mi suerte es igual. (*viendo á Sturler.*) Ah

ESCENA XI.

HERMAN *y* STURLER.

STUR. Cómo, estais jugando, señor Conde? Vos que nunca lo haceis?

HER. (*agitado.*) Es verdad; pero hace algun tiempo que me he hecho jugador.

BANQUERO. Juego.

HER. Estais contento, amigo Sturler, sois feliz?

STUR. Ah! si, muy feliz, señor conde; Fritz me ha dicho que sois tan bueno para él.

HER. Es un médico muy entendido, y hará fortuna... la bola vuelve.

BAN. Veinte y nueve, roja, impar y pasa.

HER. He ganado, esto va bien; dejad los dos mil francos.

BAN. En la roja?

HER. Si, en la roja. (*á Sturler.*) Pero aun hay otra cosa, á mas de la fortuna en este punto. No estaba enamorado tu hijo, Sturler, de una joven?

BAN. Jugad, señores.

HER. He oido hablar de una joven, con quien debia casarse á su vuelta.

BAN. Juego.

STUR. Si, es cierto, señor Conde; un angel de bondad y de dulzura, la señorita Maria de Stanffenbach.

HER. Stanffenbach. . Maria de Stanfenbach dices? Este nombre es muy antiguo.

BAN. Veinte y cinco, roja, sin par y pasa.

UNA VOZ. La roja gana.

HER. (Aun, aun... vamos, valor, pobre corazon; Dios te envia la esperanza.) Dejad, dejadlo en la roja.

STUR. Qué agitado estais, Conde.

HER. Es el juego, es el juego. Aqui donde me veis, amigo Sturler, soy muy jugador.

BAN. Juego.

HER. (Ah! si ganase tres veces seguidas..!) Un antiguo nombre; mi fé... no tiene ella un hermano?

STUR. Si, un baron Frantz de Stanfenbach... este es el que arregla el matrimonio; es un compañero de Fritz.

HER. Es un enlace muy honroso; Sturler, un grande enlace, os felicito por èl.

STUR. Honroso! honroso! Sobre eso hay mucho que decir. Es un hombre sin conducta, lleno de vicios, que se arruina con el juego, y que quizá en este instante, juega sus últimos luises.

HER. Está aqui?

STUR. Si, mirad; ese que está vestido de caza.

BAN. Treinta y una, roja, impar, y pasa.

HER. Gana la roja, gana la roja, comprendeis, Sturler, tres veces de seguida. Dejadlos aun sobre la roja... (Si no... no; esto seria tentar á Dios. Mas no importa, en el cero; tendré 35 suertes contra mi. Si pierdo esto, no significa nada, mientras que si gano...) En el cero.

BAN. Los ocho mil francos?

HER. Los ocho mil francos.

BAN. Juego.

HER. (*á Sturler.*) Y la prometida, Fritz, dónde está? Dónde habita?

STUR. Dos minutos antes de vuestra llegada, estaba aqui. Ha venido á la villa en compañia de su nodriza. Un cuarto de hora despues, Fritz la hablaba. Este es un buen augurio, no es verdad?

HER. Creeis en los augurios, Sturler? No es verdad que creeis en ellos? La ruleta vuelve, vuelve. Dios mio! Dios mio!

BAN. Cero.

HER. Cero gana!

STUR. Vais á hacer quebrar la banca .. treinta y seis veces ocho mil francos.

HER. Basta, basta. Dadme ese dinero, ese plato lleno de oro y de billetes. Sturler, amigo mio, id y llevad ese oro y esos billetes al señor cura. Todo ese oro y esos billetes es para los pobres. Al señor cura decidle que ruegue por un hombre que corre gran peligro en este momento. Id, mi buen Sturler, id.

ESCENA XII.

Los mismos, y FRANTZ.

FRANTZ. (*entrando pálido y agitado.*) Perdonad, señor. Aguardad, Sturler; os he oido decir que esa suma está destinada á una buena obra.

HER. Si señor.

FRANTZ. Podeis distraer de ella diez mil francos?

HER. Con que objeto?

FRANTZ. Yo jugaba á la negra, mientras que vos jugabais á la roja; he perdido, pues, á medida que vos habeis ganado. Soy un caballero, señor Conde, soy el baron de Stanfenbach, y os pido diez mil francos de vuestra ganancia, hipotecando mi castillo en garantia.

HER. Mr. Frantz de Stanfenbach, ese dinero perteneee á los pobres, y me es imposible distraer de él nada; pero esta cartera es mia; en lugar de diez mil francos que me pedis, ahi teneis veinte mil, y acepto la hipoteca de vuestro castillo de Stanfenbach.

FRANTZ. Gracias, señor, gracias. No me han engañado, al decirme que erais un caballero.

ESCENA XIII.

Los mismos, y KARL.

KARL. (*abriendo la puerta.*) Tio mio!

HER. Karl! Dios juzga las intenciones de los hombres, y las recompensa. Lleva ese oro donde te he dicho; Sturler, anda. Qué ha sucedido, hijo mio?

KARL. Hemos tirado á un mismo tiempo, tio mio; yo le he herido, no sé si mucho ó poco; le he visto tambalearse, pero me he acordado de vos, tio mio, y recomendándosele á Fritz, me he venido corriendo.

HER. Gracias, querido Karl, gracias. Ahora es preciso pensar en huir.

KARL. Dios mio! qué teneis, palideceis!..

HER. Nada, Karl. Dame un vaso de agua, y la mitad de ese limon. (*lleva su pañuelo á la boca y permanece asi un instante.*)

KARL. Ah! qué desgraciado soy! Aqui está; bebed, bebed, querido tio!

HER. Esto no es nada; la alegria nunca hace daño. (*bebe.*) Gracias, todo va bien. Te decia que no hay que perder un instante. El duelo está prohibido en los estados del gran Duque; no te espongas á ser arrestado; parte para mi castillo de Schawembourg; dentro de una hora habrás atravesado la frontera, y esta noche ya habrás llegado.

KARL. Gracias, gracias.

HER. Dónde están tus testigos?

KARL. En la casa de postas, á pedir caballos; hemos convenido en que me uniré á ellos, en el camino de Wildbad.

HER. Invitales á que te acompañen al castillo; debes ofrecerles la hospitalidad al menos.
KARL. Y vos, tio mio?
HER. No tengas cuidado, no tardaré en reunirme contigo. Anda; toma dinero, y no olvides el pasaporte; que te acompañe Blum; te le cedo.
KARL. Y vos?
HER. Yo espero á Sturler; quiero saber si la herida de tu adversario es grave. Anda con Dios.
KARL. Hasta la vista, tio mio.
HER. Hasta la vista.

ESCENA XIV.

HERMAN *y despues* FRANTZ.

HER. (*dejándose caer.*) Ah! pobre máquina humana, á la que la alegria causa tanto mal como el dolor! Ah! pobre Karl! A quién podria yo favorecer para dar gracias á Dios?
FRANTZ. Señor conde, teneis una hipoteca de veinte mil francos sobre mi castillo, lo quereis comprar? Seria un buen dote que podriais dar á Fritz, vuestro médico, y mi futuro cuñado.
HER. En cuánto deseais vender vuestro castillo?
FRANTZ. En cien mil libras.
HER. Sentaos y estended el recibo. (*Herman se sienta en una mesa, y Frantz en otra.*)
FRITZ. (*en el fondo.*) El Conde y Frantz cada uno en su mesa, què harán? (*Herman y Frantz se levantan y se dirigen uno á otro.*)
HER. Mr. Hekeren, mi banquero en Baden, pagará á la vista á Mr. Frantz de Stanffenbach, la cantidad de ochenta mil francos.— El conde de Herman.
FRANTZ. He recibido del señor conde Herman de Schawembourg, la cantidad de cien mil francos por precio de mi castillo de Stanfenbach, que desde este momento le pertenece con todo lo que contiene y sus dependencias. Frantz de Stanffenbach. Gracias, señor Conde.
HER. Gracias, caballero. Ah! eres tú, Fritz? Y nuestro adversario?
FRITZ. Herido ligeramente en la espalda.
HER. Tanto mejor, Fritz, nos marchamos.
FRITZ. Nos marchamos, Conde? Y á dónde vamos?
HER. Vamos á visitar nuestro castillo de Stanffenbach.
FRITZ. (*con alegria.*) Ah!
HER. Venis con nosotros, baron?
FRANTZ. No, quiero mejor jugar. La fortuna me debe una rebancha.
HER. Como querais.
FRANTZ. Buen viaje, Conde.
HER. Buena suerte, baron. Ven, Fritz.
FRITZ. (En verdad, no saldria mejor si hubiera dado la palabra al acaso.)
FRANTZ. (*á Sturler, hijo.*) No olvideis que es por trescientas mil libras, por lo que yo doy mi consentimiento para el enlace de mi hermana.
FRITZ. No tengais cuidado, Frantz; se tratará de hacer mas de lo que se os ha prometido.
HER. Vamos, Fritz.
FRITZ. Vamos, señor Conde.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala del castillo de Stanffenbach.

ESCENA PRIMERA.

MARTA, *en el fondo, hilando;* KARL *y* MARIA *mas ac*

KARL. Creo que á pesar de nuestro conocimiento, hecho de un modo tan singular, deseais estar segura de las consecuencias de este negocio?
MAR. No señor; yo misma me he tomado el trabajo de tranquilizarme. Pero esa carta qu habeis recibido, y que decis os ha servido d guia, no contiene ni mi nombre, ni mi firma
KARL. Es verdad; solo hace fé para el interés qu yo tengo, y que me sirve de escusa para presentarme delante de vos.
MAR. Es muy natural; me parece que teniendo y interés, fuera por mi defensor. Pero, cóm mi defensor ha sabido mi nombre y mi estancia? Eso es lo que yo pregunto, lo que dese saber.
KARL Eso es lo que él se guardará bien de deciros.
MAR. Por qué?
KARL. Cuando le es dado á un hombre figurar e la vida de una muger para prestarla un pequeñ servicio; cuando esta muger es joven, pura bella, como es Maria de Stanffenbach, la r compensa de este hombre, es dejar en e existencia, que él toca ligeramente, una señ parecida á la que traza una estrella que s desliza en el firmamento en una noche serer de estio; el recuerdo de lo que sucede es tar to mas duradero, cuanto mas rápido y mist rioso es lo que sucede; no hay gentes de q uno se olvide mas pronto, que las que se con cen mucho; no hay hombre que llegue á s mas indiferente, que aquel á quien se vé tod los dias.
MAR. (*levantándose sin abandonar su puesto.*) M permitireis que os diga, caballero, que esa una estraña é inesplicable teoria.
KARL. Estraña, quizá; inesplicable, no. Mira vengo del otro lado del mar. (*Maria se sienta* Diez veces en el Océano, hemos encontrad barcos de comercio poderosos y navios c guerra; hemos ido con ellos de conserva do cuatro y aun ocho dias. Durante estas marcha mas ó menos largas, pasábamos, por distrae nos, de un bordo á otro. Los oficiales de l otros barcos nos recibian en su mesa, y no otros les convidábamos á nuestra vez. Un he moso dia, despues de habernos jurado u amistad eterna, nos separamos. No me pregu teis el nombre de estos oficiales, la carga sus barcos, ni el lugar donde iban, todo lo olvidado. Pero una vez, en una de esas bell noches del trópico, mas clara que nuestras n ches de invierno, divisé entre el azul del ci lo y el de la mar, una vela blanca que se ad lantaba llevando direccion opuesta á la nue tra. En el momento que cruzaba por nuest lado, tomé la bocina, y dirigiéndome á es graciosa aparicion, la grité: de dónde viene Cómo te llamas? Dónde vais? Vengo del pas

do; me llamo la esperanza, y voy á el porvenir, me respondió; despues desapareció en el horizonte opuesto, semejante á un sueño que sale de las tinieblas. Comprendeis ahora que de todos estos barcos, estas embarcaciones y estos navios, el único de que yo me acuerdo, el único que sigue mi imaginacion en los océanos infinitos, es el de esa vela que pareció y desapareció en el tiempo que mi corazon dió sesenta latidos Esto me sucede con vos, Maria. (*esta se levanta.*) Venis del pasado, os llamais esperanza y vais hácia el porvenir. Este porvenir, ya sé, está detenido por los designios del Señor. Estais prometida, y Maria no pertenece ya á Maria, pertenece á Fritz Sturler. Adios, Maria, el que ha tomado vuestra defensa sin saber quién erais; el que ha aventurado su vida por vengar el sonrojo que en un instante apareció en vuestra frente virginal, el que no ha querido emprender el camino de su destierro, sin deciros que pasaba cerca de vos, se llama Karl de Florsheim. Esto será probablemente todo lo mas que sepais de él. Adios, Maria, adios.

ESCENA II.

MARIA *y* MARTA.

(Escena casi muda. Marta se levanta al pronunciar Karl las últimas palabras, y segun este se va alejando, ella se aproxima á Maria, que está inmóvil. Maria lleva la mano á su frente, exhala un suspiro, y se dirige lentamente à la ventana; alza la cortina y despues de haber visto alejarse á Karl, sube la escalera que va á su cuarto, repitiendo *Karl de Florsheim,* sale.)

MARTA. (*sola.*) Qué tendrá esta niña? Jamás la he visto asi. (*va hácia la ventana y levanta tambien la cortina.*) Ah! si, alli está ese joven, que se aleja agitando su pañuelo. A quién saludará? Ah! sin duda está Maria en el balcon de su cuarto. Qué joven tan bueno! Haber aventurado su vida por nosotras, á quien no conoce! Cómo habrá sido esto? Bien merece que le veamos marchar, cuando se va tal vez para no volver mas. Bien hubiera querido haber oido lo que decia á Maria, porque me parecia que era cosa buena; pero desgraciadamente soy algo tarda de oido.

ESCENA III.

MARTA *y* WILDMAN.

WIL. (*entrando en trage de guarda-monte con un morral á la espalda, escopeta y bandolera.*) Esto va mal, va mal, mal.

MARTA. Eres tú, Wildman? Y qué es lo que va mal, buen amigo?

WIL. Esto va mal, todos los años llega la estacion de los baños; cuando llega la estacion de los baños, Mr. Frantz parte para Baden; luego que llega á Baden, Mr. Fratz juega; cuando Mr. Frantz juega, Mr. Frantz pierde, y cuando Mr. Frantz pierde...

MARTA. Qué?

WIL. Que entonces no se conoce, y vende la hacienda á pedazos; ayer el bosque, antes de ayer la pradera, y el otro dia el estanque. Una hacienda tan hermosa en la que mi padre nació y murió, en la que yo he nacido, y donde pienso morir; verla asi descomponerse en pedazos, como un pobre ciervo á quien se divide en trozos, sin dejarle mas que los huesos; y aun el castillo que es el esqueleto de la hacienda, mañana quizà, será vendido à su vez. (*Fritz entra y escucha.*)

MARTA. Wildman!

WIL. Pardiez! El que ha vendido á su hermana, que es una criatura de carne y hueso, formada por Dios, mejor venderá un viejo castillo fundado sobre piedras y cimientos, que no conoce mas que á su arquitecto.

MARTA Ay de mi! desgraciadamente hay mucha verdad en lo que decis, amigo Wildman.

WIL. Y qué marido es para una Stanffenbach, cuyos antepasados tuvieron parte en las cruzadas; cuyo abuelo era vicario del emperador, y cuyo padre era mayor general, un estudiantillo, el hijo de un director de baños, un Fritz Sturler, en fin...

ESCENA IV.

Los mismos, y FRITZ; *despues* HERMAN.

FRITZ. Tienes razon, Wildman, solo que cuando digas esas cosas, debes cerrar las puertas, no por ti, sino por aquellos de quienes hablas que pueden entrar y oirlo que piensas de ellos Afortunadamente, al menos asi lo creo, tu ama tiene de mi otra opinion distinta de la tuya, mi buen Wildman. (*volviéndose.*) Venid, señor conde, queria anunciaros á la señorita de Stanffenbach, y no se halla aqui. Entrad, entrad, señor conde.

MARTA. (*á Wildman.*) Desdichado!

WIL. Si me hubiese preguntado o que pensaba de su persona, se lo hubiese dilcho; lo ha oido, viene á ser lo mismo.

HER. (*entrando*) La señorita Maria de Stanffenbach no se halla en el castillo?

MARTA. Si señor; está en su cuarto.

FRITZ. Sentaos, conde. (*le acerca un sillon.*)

MARTA. Estais malo, caballero?

HER. Subiendo á la altura en que se encuentra el castillo, me ha faltado la respiracion; pero esto no es nada, buenas gentes. Anunciad á la señorita Maria de Stanffenbach, que su prometido Fritz Sturler, acaba de llegar conducido por uno de sus amigos.

MARTA. Allá voy. (*sale.*)

FRITZ. Y tú, mi caro Wildman, vé al manantial á coger uno ó dos vasos de agua ferruginosa; pues que esta agua es buena para el señor conde.

WIL. Al instante. (*sale.*)

ESCENA V.

HERMAN *y* FRITZ.

FRITZ. Qué hay, señor conde?

HER. Esto va á las mil maravillas, caro Fritz.

FRITZ. Ya os lo he dicho allá abajo, os lo he repetido en el camino, y os lo vuelvo á repetir aqui; si os dejais llevar asi de esas emociones, os quitarán la vida.

HER. Calcula esas emociones, filósofo Fritz, por las que esperimenta un padre cuando su hijo se halla en peligro de muerte; bien sabes que Karl, el hijo de mi querida hermana, no es mi sobrino, sino mi hijo.

FRITZ. No importa, señor Conde. Os lo repito; si no os abandonais á mi, si no hago de vos lo que quiero, no respondo de lo que sucederá.

HER. Y quién te dice que respondas de nada? Cuando yo cometo esos errores, Fritz, los cometo por otros, no por mi.

FRITZ. Ya sé que sois tan bueno, señor Conde; sé que si en los dias que os restan de vida pudieseis hacer un ramillete de rosas, le deshojariais y le esparciriais por el camino que atraviesa la humanidad. Por esto es por lo que yo quiero conservaros á los hombres.

HER. Eso te toca á ti, Fritz.

FRITZ. Lo que es necesario, ahora que habeis llegado ya al término que separa los dos horizontes de la vida, es dejar esa existencia de viages y de aventuras que habeis tenido hasta ahora; y en lugar de viajar, retiraros á un castillo donde reine la calma y la soledad como en este. (*abriendo la ventana.*) Mirad qué agradable perspectiva; mirad ese hermoso rio que parece una cinta plateada de moaré en medio de la pradera; ved el sitio donde deberiais pasar vuestra vida tranquila, jaspeada por el sol y la sombra, como el agua de ese rio.

HER. Está bien, querido Fritz, retirarme del mundo; he ahi lo que cabalmente pienso hacer. En mi castillo de Schawembourg reina la calma y la soledad como en este; domina un rio claro y tranquilo como este, si es esto en lo que tú ves mi salud, y mi felicidad, aun espero conseguir la una y la otra.

FRITZ. Deseais mucho, señor conde, la salud y la felicidad á la vez; la calma, la tranquilidad, el aire puro, sin duda alguna, os darán la salud; pero la felicidad, la felicidad proviene de allá arriba, y son los ángeles los que la conducen á la tierra. Decid pues á estos que os la envien.

ESCENA VI.

Los mismos y MARIA.

MAR. Mi amigo Fritz, hermano mio, estais ya de vuelta? (*le dá su mano á besar; despues señalando al conde.*) El señor, es el conde de Herman?

FRITZ. Si, Maria, el señor conde, nuestro protector, nuestro amigo.

MAR. El señor conde sabe que soy vuestra prometida?

HER. Lo sé todo, Maria, y hace tres años que os conozco; hemos hablado muchas veces de vos. Aqui, pues, os conduzco á Fritz, ó mas bien él me conduce á mi; ya sabeis que tiene derecho para hacer de mi lo que quiera.

FRITZ. Ya os he dicho en mis cartas, Maria, lo bueno que era para mi el señor Conde. Agradecédselo, pues, por mi y por vos, como sabeis agradecer, Maria, con el corazon. (*Maria dá á el conde su mano á besar.*)

HER. (*cogiéndole las dos manos,*) Querida niña...

MAR. El señor conde estará algun tiempo en nuestra compañia?

FRITZ. Un dia ó dos tal vez, Maria; esto depende de vos; haced que tome afecto al castillo de Stanffenbach, y se quedará. (*toma su sombrero.*)

MAR. Os vais?

FRITZ. Voy á prevenir á Marta y Wildman que somos sus huéspedes por hoy y mañana. Quedaos, Maria. Os dejo solos, ya lo veis, señor conde; no os aprovecheis de ello, para decirla todo lo malo que penseis de mi. (*sale.*)

ESCENA VII.

MARIA *y el* CONDE.

MAR. Qué será preciso hacer para que tomeis cariño á Stanffenbach, señor conde? Decidlo al instante,

HER. Lo que será preciso hacer, querida Maria, ah! dejad que os llame asi, tengo doble edad que vos, y menos en el nombre, tengo el derecho de tener para vos el corazon de un padre. Decis que qué es necesario para que yo tome cariño á Stanffenbach, no es esto?

MAR. Ya escucho.

HER. Puesto que hay que decirlo, lo que es necesario, es que Stanffenbach pertenezca á Maria, y que viniendo yo á él, Maria me reciba en su casa.

MAR. Veo desde luego que buscando un medio para poder abandonarnos, el señor conde de Herman, pide una cosa imposible. Stanffenbach es un fundo que no pueden heredar las hembras, señor conde; pertenece á mi hermano Frantz, y siento que no se halle aqui para haceros los honores.

HER. Stanffenbach no pertenece á vuestro hermano, Maria, si no á mi.

MAR. Cómo?

HER. Hace dos horas que vuestro hermano me ha vendido á Stanffenbach.

MAR. Vendido! Frantz ha vendido el castillo de nuestros padres?

HER. Y ha hecho bien, porque habiéndomele vendido á mi, no ha hecho sino poner en mis manos un depósito que llegaria á ser el dote de su hermana.

MAR. Señor conde!

HER. En cambio de la buena acogida que me habeis dispensado, Maria, vos me lo recompensareis con vuestras oraciones.

MAR. Señor conde!

HER. Y luego que Maria haya aceptado, permaneceré en Stanffenbach todo el tiempo que quiera, porque Maria estará en su casa, y tendrá la facultad de mandar en ella.

MAR. Gracias, señor conde, acepto. (*se dirige á un reclinatorio, toma una biblia y escribe algunas palabras.*)

HER. (*acercándose*) Qué haceis?

MAR. Señor conde, esta biblia es en la que mi padre, durante su vida, y mi madre despues de su muerte, consignaban todas las venturas que Dios les enviaba; y es una ventura para mi, que el castillo en que mi padre nació, y en el que murió mi madre, no salga de la familia. Mirad lo que acabo de escribir.

HER. (*leyendo.*) Hoy 7 de junio de 1839, el castillo de Stanffenbach, que habia dejado de pertenecer á la familia, ha vuelto á ser de ella, por la generosa donacion que ha hecho de él, el conde de Herman á su reconocida Maria. Dios conceda larga vida al conde de Herman!» Qué buena sois, Maria! Mas olvidais consignar con la misma fecha un acontecimiento que vos debeis tener por mas dichoso.

MAR. Cuál?

HER. La vuelta de vuestro prometido.

MAR. Teneis razon. (*escribe.*) «En el mismo dia he vuelto à ver á Fritz Sturler, que me presentó el conde de Herman.

HER. Perfectamente. Dadme vuestro brazo, y hablemos.

MAR. Con mucho gusto.

HER. Con que sois tan feliz por haber vuelto á ver á Fritz?

MAR. Si, muy feliz; es un amigo de la infancia; mi padre le queria mucho, y le hizo educar con mi hermano.

HER. Y vos le amais?

MAR. Si, señor conde; le profeso una amistad muy verdadera.

HER. Mirad que no hablais si no de amistad. Creeis á la amistad un sentimiento bastante fuerte para el lazo que va á uniros?

MAR. Sin duda, y este sentimiento basta á Fritz.

HER. Fritz sabe que no le profesais mas que amistad?

MAR. Se lo dije á el tiempo de marchar, y estoy pronta á decirselo ahora.

HER. Y á pesar de esa confesion, se casará con vos sin temor?

MAR. Qué temor quereis que tenga Fritz? No juraré ante Dios ser esposa casta y amiga fiel?

HER. Y ese juramento prestado sin amor, estais segura de cumplirle?

MAR. Siempre estoy segura de cumplir mi deber.

HER. Aunque se opusiera á vuestra felicidad?

MAR. Sin eso, dónde se hallaria la virtud, señor conde?

HER. No habeis deseado nunca que no se celebrára ese matrimonio? No habeis sentido nunca, por haber visto otro hombre, tener empeñada vuestra palabra con Fritz?

MAR. Ese empeño le contrajeron, con mi aprobacion, mi hermano y Mr. Sturler; y solo mi hermano y Mr. Sturler pueden deshacer lo hecho.

HER. De modo que suceda lo que suceda, á menos que vuestro hermano y vuestro prometido no deshagan lo hecho, sereis la esposa de Fritz?

MAR. Si, suceda lo que suceda, señor Conde; pero con la ayuda de Dios, creo que no sucederá nada.

HER. Maria, sois un angel; si teneis una hermana, decidme dónde se halla, que yo la iré á buscarla, aunque sea al fin del mundo.

ESCENA VIII.

MARIA, HERMAN *y* FRITZ.

FRITZ. Maria, Marta os llama; dice que os necesita.

MAR. Allá voy. Dispensadme, señor conde; es un gran acontecimiento para nosotras vuestra llegada y la de Fritz al castillo de Stanffenbach, y asi no es de estrañar que la pobre Marta se halle aturdida.

HER. Id con Dios (*Maria sale.*)

ESCENA IX.

HERMAN, FRITZ *y* WILDMAN. *Herman sigue con la vista á Maria, hasta que desaparece; despues se sienta en un sillon.*

WIL. (*entrando.*) Aqui está el agua que habeis pedido, Mr. Fritz.

FRITZ. Trae, Wildman, y vé á la cocina á llevar lo que cazaste esta mañana; te esperan con impaciencia.

WIL. (*tomando su morral.*) Voy, Mr. Fritz. (*sale.*)

FRITZ. (*mirando con atencion al conde que está sumido en una idea.*) Conde, os ofrezco vuestra salud futura.

HER. Fritz, mí salud futura bebe á tu dicha presente (*bebe.*)

FRITZ. Gracias.

HER. Es preciso confesar que eres muy dichoso, bribon.

FRITZ. Lo creeis asi, señor Conde?

HER. No hay como ser de estos hombres que no creen en nada para encontrarse con realidades. Pon la mano en tu corazon, Fritz, y dime francamente si te mereces tu prometida!

FRITZ. No diré que si, pero lo que si diré, porque es la verdad, que escepto el hombre, es decir, vos, á quien yo se lo debo todo, y à quien debo un profundo reconocimiento, no he encontrado otro ser igual.

HER. (*levantándose.*) He ahi una prueba de las influencias secretas y desconocidas del destino humano. Si á tu edad, Fritz, hubiese yo encontrado una Maria, yo, viajero infatigable, yo, para quien el hogar paterno no ha sido mas que una posada de donde he salido y á donde he vuelto; yo que, segun la espresion del poeta, he llevado el polvo de los tres mundos á mi hogar; no hubiese jamás abandonado el castillo Schawembourg; el conde de Herman, se hubiera olvidado del universo, y el universo, del conde de Herman. No sé lo que el universo hubiera perdido con ello; pero el conde de Herman de seguro hubiera ganado su felicidad.

FRITZ. Pues qué busca el conde de Herman atravesando el universo?

HER. Lo sé yo acaso? Preguntad á la golondrina lo que busca cuando atraviesa el espacio, otro clima, otro horizonte. Yo busco lo desconocido sin tener limite marcado á mi esperanza. Mirad una cosa estraña, Fritz; yo no he amado nunca.

FRITZ. Sin duda vuestra imaginacion ha creado un ser ideal dificil de encontrar?

HER. Si, yo habia soñado una muger como Maria.

FRITZ. Una muger como Maria hubiera labrado vuestra felicidad, señor Conde?

HER. Por qué me lo preguntais?

FRITZ. Os lo pregunto...

HER. No recuerdo en qué poeta árabe he leido, que la felicidad moria el dia en que el hombre veia la luz. Lo que él cree que es su sombra, y desde este dia la humanidad corre tras de una fantasma.

FRITZ. (*acercándose al Conde.*) Conde, me habeis dicho repetidas veces que era un sofista, un materialista y un ateo. Sabeis lo que yo pedia

á Dios mientras que me acusabais de no creer en él? Que me presentára un dia ocasion de manifestaros que era capaz de tener un reconocimiento profundo, infinito. Dios ha debido oirme. Para vos la vida está en un porvenir de calma y tranquilidad. Habeis dicho que Maria es la perla maravillosa, el diamante desconocido que podia daros ese porvenir. Renuncio á ella, señor Conde; haced que Maria os ame, y Maria será vuestra.

HER. (*que ha escuchado hasta aqui sin comprenderlo, se levanta con viveza*) Fritz, estais loco?

FRITZ. Me habeis dicho que ponga la mano en mi corazon y confiese francamente si merezco semejante prometida. Tengo la mano en mi corazon, y lo confieso; soy indigno.

HER. Fritz, ó tú te chanceas, ó te propones, hablándome asi, un fin misterioso que solo tú sabes; quiero mejor creer esto, porque si las palabras que acabas de pronunciar, las dices sin restriccion, sin reticencia, sin segunda, caeré de rodillas á tus pies pidiéndote perdon, de aturdido que estaria al comparar tu grandeza con mi pequeñez (*sale con viveza.*) Hasta la vista, Fritz.

ESCENA X.

FRITZ, *solo*.

La ama! Y si no la ama aun, al concluir el dia laamará; vamos, vamos, las cosas marchan con mas rapidez que lo que yo creia.

ESCENA XI.

FRITZ *y* FRANTZ.

FRANTZ. (*entrando.*) Fritz, Fritz, dónde estás?

FRITZ. Ah! estás ahi? Ha concluido el juego?

FRANTZ. A las nueve de la noche; ya sabes que concluye á esa hora, y nos hemos aprovechado del plazo que nos concede nuestro compañero, para venir á hacer la última visita á nuestro castillo.

FRITZ. La visita de despedida?

FRANTZ A fé mia, que parece increible cómo se quieren las cosas despues que se separa uno de ellas. Pobre Stanffenbach! Deberia haber pedido por él cincuenta mil libras; el conde me las hubiera dado, lo mismo que los cien mil francos.

FRITZ. Y doscientas mil, lo mismo que ciento cincuenta.

FRANTZ. Lo crees asi?

FRITZ. Si, te respondo de ello.

FRANTZ Decididamente soy un simple.

FRITZ. Escucha, Frantz; amas á Maria?

FRANTZ. Vaya una pregunta, que si amo á mi hermana...

FRITZ. Si, como á tu castillo para venderla.

FRANTZ. Con esta diferencia, que la pongo un precio tan elevado, que el que la quiera comprar no tendrá para pagarla.

FRITZ. Dices eso por mi, Frantz?

FRANTZ. Lo digo por el prometido de Maria.

FRITZ. Crees que trescientas mil libras...?

FRANTZ. Creo que trescientas mil libras es una cantidad respetable para todo el mundo, y sobre todo para el doctor Fritz Sturler. Esto es lo que yo creo, y como mi empeño con el doctor Fritz no es mas que de tres años, cuyo término espira dentro de un mes, digo que si de aqui á un mes las trescientas mil libras no me se han entregado.

FRITZ. Dentro de una hora puedo entregarte las trescientas mil libras.

FRANTZ. Entonces, Maria es tuya. Un baron de Stanffenbach no tiene mas que una palabra.

FRITZ. Si, pero yo tambien soy como Frantz, amo á Maria, solo que la amo de distinto modo; amo á Maria por su porvenir, por su felicidad. Maria no tiene las preocupaciones que su familia; y sé que sin pesadumbre llegaria á ser la esposa del doctor Sturler; pero yo quiero que se emplee mejor, quiero hacer de Maria la mas rica, la mas noble y la mas grande señora de toda Alemania; quiero que Maria sea la condesa Herman de Schawembourg.

FRANTZ. Vaya una idea estraña!

FRITZ. Si, es una idea que tengo hace mucho tiempo; con este objeto he hecho renunciar al conde sus viajes; con este objeto le he conducido á Alemania, y le he traido aqui.

FRANTZ. Y qué?

FRITZ. Ha visto á Maria ..

FRANTZ. Y..?

FRITZ. La ama.

FRANTZ. Pardiez! Fritz, eres un gran hombre.

FRITZ. Puedo contar contigo para secundar mis miras?

FRANTZ. Seguramente.

FRITZ. Tratarás de hacer, para decidir á tu hermana, todo lo que puedas?

FRANTZ. Todo.

FRITZ. Si sales bien con tu empresa, te prometo trescientas mil libras hoy, y un millon dentro de un año.

FRITZ. Quién me dará las trescientas mil libras?

FRITZ. El conde.

FRANTZ. Y el millon?

FRITZ. (*dándole con la mano en la espalda.*) Yo; adios, Frantz.

ESCENA XII.

FRANTZ, *solo*.

El! Bueno. Habrá encontrado la piedra filosofal en sus viajes, y quiere que yo disfrute de su descubrimiento. (*se sienta.*) Trescientas mil libras, esto es, para poder ensayar tres veces mi Martingala; para perder es preciso que falte tres veces, y esto es imposible. (*se levanta.*) He notado una cosa, y es que el juego no arruina mas que á los pobres, mientras que respeta y acaricia á los ricos. Ese conde de Herman, que tiene millones, arroja á la ventura un billete de mil francos á la roja, y en un cuarto de hora ha ganado, Dios sabe cuánto. Ah! cuando yo tenga mis trescientas mil libras ganaré toda la banca.

ESCENA XIII.

FRANTZ *y* MARIA.

MAR. Què tienes que contarte que hablas solo? Alguna combinacion de juego?

FRANTZ. Si, pero esta vez juego en grande, y llevas la mitad en mi partida.

Mar. Yo no juego, Frantz; contar con la suerte seria ofender á Dios.

Frantz. Es que esta vez me presento en nombre de la Providencia.

Mar. Y es la Providencia la que te ha aconsejado vender el castillo de nuestros padres?

Frantz Quizá, porque se le he vendido al conde de Herman; qué te parece el conde de Herman, Maria?

Mar. Creo que tiene un corazon muy noble; es un hombre que cualquier joven seria feliz en tenerle por padre.

Frantz. Y toda muger feliz en tenerle por esposo, no es verdad?

Mar. Qué quieres decir?

Frantz. Nada, y creo solamente que esa suerte que tú desdeñas en este instante, querida Maria; hace cosas tan maravillosas, que la Providencia podria tomarla por su cuenta.

Mar. No os comprendo, hermano. (*se sienta.*)

Frantz. No es una cosa estraordinaria que el conde de Herman conduzca consigo á tu prometido Fritz Sturler? Que el conde de Herman reciba una herida de la cual hubiera ya muerto cien veces, si no hubiera tenido para curarle á Esculapio en persona? Que venga á buscar la salud á Europa, y vaya á parar á la casa de baños, justamente en el momento en que yo estoy perdiendo? Que me ocurra la idea de venderle el castillo de Stanffenbach, y á él la de comprarle? Que se empeñe el dia de su adquisicion, en visitar esta propiedad con Fritz Sturler? Que en esta propiedad encuentre á Maria, y que viendo á Maria se acuerde de que no ha amado nunca, siendo aun joven para amar? En fin, no es una cosa estraordinaria, muy estraordinaria que Fritz Sturler, á quien hasta este instante habia concedido, si, lo confieso, mas ciencia que reconocimiento, le encuentre de repente con mas reconocimiento que ciencia, y se ofrezca á renunciar á la mano de Maria de Stanffenbach, en favor de el conde de Herman, si el conde llega á hacerse querer de Maria de Stanffenbach?

Mar. Os he escuchado por ver hasta què punto llegaba vuestra locura.

Frantz. Te engañas, querida hermana; jamás he estado tranquilo, y he dicho cosas mas razonables.

Mar. Hace dos horas que he visto al conde por la primera vez en mi vida; por la primera vez me ha visto él á mi; ¿cómo quereis que haya venido tiempo de esperimentar hácia mi otro sentimiento que el de benevolencia?

Frañtz. Ya has tenido tiempo de juzgar que tiene un corazon noble.

Mar. Basta, Frantz, basta. (*se sienta.*)

Frantz No; lo que yo te propongo, no es solo un buen negocio, como diria nuestro escribano, sino una buena accion, como diria nuestro párroco.

Mar. Còmo una buena accion? Qué quieres decir?

Frantz. Ciertamente; no ves que ese pobre conde, con toda su nobleza, y con todos sus tesoros, padece una enfermedad mortal? Pues bien, Fritz pretende, que para salvarlo, le es necesaria la vida tranquila de su casa, la paz de la familia. Segun Fritz, la blanca mano de una muger, es lo único que puede cerrar su profunda herida. Pues bien, Maria, no es para ti, dueña del castillo de Stanffembach, una santa mision, el volver esta alma á la vida? Crees tú que el Señor no te guiará en esta obra? Te he visto llorar cuando se contaba delante de ti la historia de Alceste. Pues bien, la historia de la esposa de Admete, será la tuya. Como ella lucharás con la muerte, y como ella la vencerás.

Mar. Teneis razon, y si lo que decis no es una chanza, será un consejo misericordioso. Si, en efecto, una muger puede conservar esa noble existencia; qué dichosa será, si en su última hora, puede tender sus manos hácia Dios, diciendo: Señor, Señor, yo he sido quien ha salvado al conde de Herman.

Frañtz. asta mañana. He ahi en la disposicion que yo quisiera verte; ahora vendrá el conde.

ESCENA XIV.

MARIA, *sola.*

Frantz! Frantz! qué haceis? En nombre del cielo, Frantz! *(se dirige hácia la puerta donde se encuentra al conde.)*

ESCENA XV.

MARIA *y* HERMAN.

Her. Qué teneis, Maria?

Mar. Llamaba á mi hermano; no crei encontraros en esta puerta, y...

Her. Y os he asustado?

Mar. No; pero, qué pálido estais?

Her. Lo notais, Maria?

Mar Si.

Her. Mas pálido que hace un instante?

Mar. Si.

Her. Es que he vivido una hora mas.

Mar. Dios mio! sufrir de tal modo, que una hora pueda producir en vos semejante cambio?

Her. Por qué no? En una hora, vivo un año por la esperanza. Creeis esto imposible, Maria? (*Maria calla; despues de un momento de silencio*) Deciais que vuestro hermano acababa de abandonaros?

Mar. Si.

Her. De qué os hablaba, Maria? Decidmelo francamente.

Mar. Mi hermano tiene un caracter burlesco, señor conde, y suelo hacer poco caso de lo que me dice.

Her. Aun cuando escoja por objeto de su conversacion, la vida ó la muerte de vuestros ami gos? .

Mar. La vida y la muerte están en manos de Dios; y yo le suplicaré muy eficazmente, os lo juro, que vuestra vida sea larga y feliz.

Her. Será eso todo lo que consentireis hacer por mi?

Mar. Puedo yo hacer mas?

Her. Fritz tiene tambien un caracter burlesco, y tambien deberé hacer poco caso de lo que dice, como vos haceis con vuestro hermano

Mar. Señor conde, sois noble, y teneis un corazon muy noble; hablais con una joven noble de nombre, y de corazon como vos. En lugar de hablarla asi, miradla de frente, como ella os mira, y decid lo que quereis de ella. Si vuestros deseos son de los que puede escu-

char una santa y profunda amistad, Maria de Stanffenbach tiene al conde Herman en muy grande estima, para rehusar su demanda.

HER. Lo que yo espero de vos, no es vuestro corazon, es vuestra alma; no es vuestro amor, es vuestro reconocimiento.

MAR. Fritz acaba de abandonaros, como mi hermano á mi?

HER. Seguramente, Maria; y tres veces le he hecho repetir el ofrecimiento de un sacrificio en el cual yo no queria creer.

MAR. Aqui está mi mano, señor conde; Dios sabe que os la entrego pura, y que pura la conservaré. (*Herman toma la mano de Maria, la besa, y se dirige hácia á donde está la Biblia.*) Qué haceis?

HER. No habeis dicho que consignais en esta Biblia, todos los felices acontecimientos?

MAR. Si!

HER. Permitidme, pues, que siga el ejemplo de vuestra familia, yo que voy á entrar en ella. (*escribe debajo de lo que escribió Maria.*) Hoy 7 de julio de 1839, Maria de Stanffenbach, ha consentido en tomar por esposo al conde Herman de Schawembourg, y sobre este libro santo, el conde Herman de Schawembourg ha jurado con sagrar su existencia á la felicidad de Maria de Stanffenbach, y de sacrificar aun su vida á esta felicidad. Dios sea con el esposo, como él es con la esposa. (*durante este tiempo, Maria se arrodilla.*) Tomad este anillo, Maria, que es el de mi madre. En 38 años que he vivido, no he creido que existiera, sino en el cielo, una criatura digna de llevarle consigo, este anillo os pertenece, Maria.

ESCENA XVI.

Los mismos, FRANTZ *y* STURLER *que entran durante la conclusion de esta escena.*

HER. (*viéndolos.*) Sturler! Frantz! Amigo mio! Hermano mio! Oh! Reunios, porque los dos me habeis hecho feliz! (*pensando de repente en su sobrino.*) Y él, él, mi hijo, á quien yo olvidaba!

MAR. Qué, él?

HER. Que uno de mis corredores monte á caballo al momento, y traiga del castillo de Schawembourg á mi sobrino Karl de Florsheim!

MAR. (Karl de Florsheim, era su sobrino!)

HER. Maria, querida Maria, este es el único pariente que tengo en el mundo. Le amarás algo, no es verdad?

MAR. Ah!

FRANTZ. (*bajo á Fritz.*) Y mis trescientas mil libras?

FRITZ. Qué diablos! Espera con gusto hasta mañana, ahora que el conde es quien me las endosa!

ACTO TERCERO.

Uua cámara en el castillo de Schavvembourg.

ESCENA PRIMERA.

FRITZ, *solo; está sentado delante de una mesa leyendo alto en una obra de Schiller.*

FRANCISCO MOOR, *solo.*

FRITZ. «Tarda mucho en morir... y no obstante, pretende el doctor que esto no puede durar asi mucho tiempo. Es increible la eternidad que durar puede una agonia! Y cuando pienso que mi camino está libre desde que ha desaparecido esta triste amalgama de músculos, de carne y de huesos que, semejante al dragon mágico de los cuentos de hadas, me impide llegar á la caverna en que están enterrados mis tesoros... Mis planes tan bien combinados deben dejarse retardar, sujetando su marcha lenta de esta materia que se llama la nada, y que se descompone para no volver á entrar en la nada? Una luz pronta á terminar y que no tiene una gota de aceite. He aqui todo. La apagaré despues por la impaciencia, ó la reanimaré antes de una hora? No! por todos los bienes de la tierra, no! Pero yo puedo obrar en el sentido inverso de un médico hábil. En vez de franquear el camino á la naturaleza, puedo abandonarle á su propia pendiente. Asi no mato; dejo morir... he aqui todo.» Está escrito.

ESCENA II.

KARL, FRITZ.

KARL. Qué hacias?

FRITZ. Leia una escena de *los Bandidos* de Schiller. Sabeis, caballero Karl, que Schiller era no solamente un gran poeta sino tambien un gran filósofo?

KARL. Oh! ciertamente. Te buscaba, Fritz.

FRITZ. A mi?

KARL. Si.

FRITZ. (*levantándose.*) Qué deseais de mi? Estoy á vuestras órdenes, señor baron.

KARL. Queria, Fritz, que me proporcionases una entrevista con mi tio.

FRITZ. Con vuestro tio? Vos, el querido sobrino, necesitais que os proporcione una entrevista con el señor conde! Os mofais sin duda?

KARL. No, por todo el mundo. Mi tio tiene siempre á uno cerca de si; su muger no le deja un instante.

FRITZ. Oh! en cuanto á eso, es cierto La condesa es un modelo de las virtudes conyugales, y en verdad que si los mas asiduos cuidados, el amor mas verdadero pueden algo sobre las decisiones del destino, la condesa obtendria de él lo que nadie ha obtenido.

KARL. Y no obstante, Fritz, deseo hablar á mi tio, hablarle hoy mismo. Y esa presencia eterna de la condesa me arrebata toda ocasion de ver realizado mi deseo, si tú no vienes en mi ayuda.

FRITZ. Con que decis que quereis hablar á vuestro tio?

KARL. Si.

FRITZ. Y cuándo?

KARL. Hoy.

FRITZ. A qué hora?

KARL. Al momento, si es posible.

FRITZ. Está bien.

KARL. Gracias, Fritz.

FRITZ. (*volviendo.*) Perdonad, señor baron.

KARL. Yo? Qué quieres que te perdone?

FRITZ. El agravio que os he hecho. Comprendereis esto en la casa de quien el corazon es todo. En mi profundo reconocimiento por vuestro tio, creyendo ver en los asiduos desvelos

de una esposa un azar de los acontecimientos, sin consultar vuestros intereses he introducido una persona estraña en el hogar de la casa. Y lo siento mas, cuanto que creo que los socorros que esperaba no sean muy eficaces.

KARL. Bien has hecho, Fritz. Quién puede reprente por ello? Pero tú no puedes evitar á un sobrino que esté celoso del cariño de su tio, á un hijo que eche menos con sentimiento el amor de su padre. Sé que esto seria mejor de otro modo, pero.. que quieres, no tengo valor para soportar la posicion que me dá, como tú dices, la introduccion de una persona estraña en la casa; y por esto es por lo que quiero partir.

FRITZ. Partir? Quereis partir?

KARL. Amigo Fritz, yo te suplico que me prestes el servicio que te demando... que vea yo à mi tio, y que pueda hablarle sin testigos.

FRITZ. Esperad aqui. (*se aleja, se vuelve y dice.*) Esperad!

ESCENA III.

KARL, *solo.*

Todos creen que la aborrezco; creen que tengo celos de ese angel celeste que vela sobre él, que no le abandona nunca, que como un bálsamo vierte sobre sus dolores, gota á gota, su juventud y su amor. Oh! que lo crean asi; que el terrible secreto á quien doy á devorar mi corazon, no se escape nunca á mis ojos en una mirada, no se exhale jamás de mi pecho en un suspiro. Oh! que ella... ella, sobre todo, tan pura, tan casta, que ella ignore hasta qué punto he podido olvidarme, y sobre todo, hasta qué punto me olvidaré, sino empleo el solo remedio que me resta... la ausencia, la separacion, la distancia. Ah! Aqui está el conde con ella; con ella siempre!..

ESCENA IV.

KARL, HERMAN, MARIA, FRITZ.

HER. (*muy débil y bastante pálido.*) Dices que está ahi, Fritz?

FRITZ. Vedlo.

HER. Ah! Al fin te veo, mi querido Karl. Te permite la caza algunos momentos para mi? Gracias.

KARL. Tio...

HER. Te vendes tan caro... y haces muy mal, porque sabes que desde que no estás aqui, falta algo esencial á lo que amo, y que mi corazon se aflije siempre que no estás á su lado.

KARL. Sois tan bueno, querido tio!..

FRITZ (*á Maria.*) Dejadlos, quiere hablarle.

MAR. Hablarle! Y sabeis de qué?

FRITZ. Creo que desea pedirle permiso para un viaje.

MAR. (Se ausenta! Oh! Tanto mejor!)

KARL. Se os ha dicho, querido tio, que deseaba hablaros?

HER. Si, y por eso he venido. (*á Maria.*) Toma por un momento el brazo de Fritz, y vé á escojerme un sitio en ese bello sol de primavera.

MAR. Ireis á reuniros conmigo, no es verdad?

HER. Mejor que eso .. ven tú por mi, á este lugar.

KAR. (*saludando.*) Caballero...

KARL. Señora... (*Maria sale del brazo de Fritz.*)

ESCENA V.

HERMAN, KARL.

HER. Mirame ahora, Karl. Qué pálido y que fatigado estás! Estás malo tambien? Hariais muy mal en ocultármelo! Seria una infamia!

KARL. Tio, os engañais. Estoy muy bien, y la prueba de ello es justamente la súplica que voy á haceros.

HER. Habla.

KARL. Vuestra dolencia casi continua es causa de que no podais ocuparos, como es debido, de vuestros negocios, y... vuestros intereses sufren...

HER. Si es para hablar de mis negocios, para velar por mis intereses, para lo que has solicitado esta entrevista particular, desde luego, mi querido Karl, apareces á mi ojos, no solamente como un buen sobrino, sino como un escelente economista.

KARL. Os reis?

HER. Si; me rio de hallar tanta sagacidad y prevision en una cabeza de veinte y cinco años. Y vamos á ver, en qué pueden tus desvelos mejorar mis negocios? Habla, ya te escucho.

KARL. Por ejemplo... Teneis en Madrás una inmensa factoria, no es asi?

HER. Asi lo creo.

KARL. Un establecimiento que vale cuando menos dos millones.

HER. Y qué?

KARL. Sabeis que la compañia inglesa desearia adquirir ese establecimiento?

HER. Creo que hemos recibido con ese objeto una carta de Lóndres.

KARL. El deseo de la compañia es tan grande, que estoy seguro de que un hábil comisionado sacaria de él cuatro millones.

HER. Lo creo tambien.

KARL. Pues bien, tio; encargadme de esa negociacion.

HER. De buena voluntad... Te doy ámplias facultades. Escribe.

KARL. Escribir! Nada bueno se logra por correspondencia.

HER. Y qué hemos de hacer entonces?

KARL. Autorizarme á partir.

HER. Para Lóndres?

KARL. Para Madrás.

HER. Partir para la India, Karl! Poner cuatro mil leguas entre nosotros! Has pensado bien, hijo mio, lo que has dicho?

KARL. Aqui os soy inûtil, tio, y quiero probar si en otra parte os puedo rendir los servicios que creo están en mis facultades.

HER. Los servicios que están en tus facultades? Y quién te pide que me rindas esos servicios? Quieres velar por mis intereses con detrimento de mis afecciones, hacer fructificar mi oro á espênsas de mi corazon? No ves en qué momento me dejas, en qué estado me abandonas! Mirame, querido Karl; piensas tú que yo abuso de mi situacion, que creo en las promesas de Fritz, en las sonrisas de Maria, en las mentidas esperanzas de mis amigos? No, Karl, ya murieron mis ilusiones, y siento de dia en dia el progreso del mal en mi pecho..... cada dia

siento sus huellas sobre mi rostro. Combato, es verdad, pero soy vencido con anticipacion, y si prolongo la lucha, es menos, creeme, por esta vida que vive de mi mismo, que por esa vida mia que vive en los corazones en que he puesto una parte de mi corazon. No has sentido tú, cuando cerca de ti moria una persona adorada, que al mismo tiempo que ella moria, moria en ti alguna cosa de ella? Me dices que me eres inútil, tú, que permaneciendo á mi lado, me ayudarás á morir! Karl, Karl, crees que son mucho esos dos brazos en que me apoyo para sostenerme en este terrible viaje que se llama la agonia? No, Karl, no partas, permanece; amigo mio, yo te lo mando, yo te lo suplico.

KARL. Tio, padre mio...

HER. Pues bien... si .. tu padre... Crees que sea una accion piadosa abandonar á un padre en el momento de su muerte? Una de dos cosas, Karl; mas allá de la tumba se halla, ó la aurora de otra vida con las gentes que amamos, ó la nada triste, solitaria. Si Dios en su misericordia nos ha dado la otra vida, conducidme los dos, vosotros los solos seres á quien amo, hasta el suelo resplandeciente de esta existencia eterna. Si Dios en su cólera nos ha condenado á la nada, aun mas necesito veros, á Maria y á ti, hasta mi última hora; aun mas, necesito estrecharos sobre mi corazon hasta el momento supremo, hasta el momento en que nos separamos para siempre. Permanece, Karl, permanece.

KARL Oh! además... además, si supieseis...

HER. No sé nada... no quiero saber nada... Se vuelve uno avaro cuando se vé que de un tesoro inmenso no quedan mas que algunas pobres monedas de oro. A mi, del tesoro de mis años, no me quedan mas que algunos dias. De vosotros hacerme estos dias tristes ó alegres... Hacédmelos alegres... Permanecerás, no es verdad, Karl?

KARL Os obedeceré, tio.

HER. Tengo tu palabra?

KARL. La teneis.

HER. No te árrepentirás de esta resolucion? No te alejarás sin decirmelo?

KARL. Esperaré vuestras órdenes, tio, para quedarme ó partir. (*se aleja.*)

HER. A dónde vas?

KARL. Ved á la condesa que viene á buscaros. Os dejo.

HER. Vé, hijo mio, vé. (*mientras que* Karl *sale.*) La ama!

ESCENA VI.

HERMAN, MAIA.

MAR. He venido demasiado pronto, amigo mio?

HER. Demasiado pronto! Nunca, Maria!

MAR. Estabais con vuestro sobrino... Tenia alguna cosa importante que deciros, y temeria no haberle dejado todo el tiempo necesario para depositar en vos sus confianzas.

HER. Sus confianzas! Quieres, Maria, que te las diga?

MAR. A mi, Herman? Los secretos del baron de Florsheim no son los mios.

HER. Oh! Hay secretos que por su poca importancia pertenecen á todo el mundo. Karl me pedia licencia para emprender un viaje...

MAR. (*con viveza.*) Quiere partir!

HER. Si.

MAR. Y qué razon dá para esa marcha? Escusadme la pregunta, pero como me habeis dicho que no es un secreto...

HER. La razon es el arreglo de poderosos intereses que tengo en un pais en que se halla parte de mi fortuna.

MAR. Y ese pais, está muy lejos?

HER. Ese pais es la India... ¿Qué me aconsejas, Maria?

MAR. Teneis, segun decis, poderosos intereses allí?

HER. Si.

MAR. Pues entonces... es preciso dejarle partir.

HER. Esa es tu opinion?

MAR. Dios mio! Os he dado mi opinion sin que la soliciteis? Perdonadme...

HER. Al contrario, tú eres quien debe perdonarme.

MAR. Por qué?

HER. Porque mi opinion ha sido contraria á la tuya.

MAR. Se queda el baron?

HER. Si.

MAR. Aqui?

HER. Aqui!

MAR. Ah!

HER. Escucha, Maria. Yo sé todo el afecto y toda la voluntad que encierra tu corazon; pero creeme, bien pronto las fuerzas te faltarán...

MAR. Oh! no... nunca! Tranquilizaos.

HER. Cerca del enfermo, velas tú aun, Maria; pero cerca del moribundo es preciso otro que te supla.

MAR. Oh! Cualquiera cosa que sea la que Dios haya ordenado con respecto á vos, y espero que no será vuestra muerte, no quiero dejaros ni una hora.

HER. Y entonces, quién te sostendrá?

MAR. Sola... sola junto á vos. Quiero estar sola.

HER. (*levantándose.*) Mira que egoista y que ingrato soy; necesito de vosotros dos, Maria. Karl permanecerá.

MAR. (Dios mio! Ya veis que he hecho todo lo posible para alejarlo... Permanece, tened piedad de mi.)

ESCENA VII.

Los mismos, un CRIADO.

CRIA El señor baron Frantz acaba de llegar al castillo

HER. Bien, el baron Frantz sabe que en mi casa está en la suya. Si quiere vernos, estamos en el jardin. (*para si.*) (Ella le ama!) Ven, Maria. Necesito aire y sol. (*salen.*)

ESCENA VIII.

El CRIADO, FRANTZ, *entrando.*

FRANTZ. Nada! nada!.! No incomodes á nadie, Hubert; vengo á ver á mi hermana y al conde... pero, que diablo! ya tendré tiempo de verlos! sobre todo, vengo á ver á Fritz.

CRIA. El señor de Sturler está en su gabinete y voy á pasarle aviso.

ESCENA IX.

Los mismos, FRITZ.

FRITZ. Es inútil, Hubert; he visto al baron apearse de su caballo, y he adivinado que me necesitaria. Bien venido, amigo mio. (*el Criado sale.*)

ESCENA X.

FRITZ, FRANTZ.

FRANTZ. En dónde estamos, Sturler?
FRITZ. (*mostrándole al Conde por la ventana.*) Mira.
FRANTZ. Pobre conde!
FRITZ. Ha hecho su testamento.
FRANTZ. Y...
FRITZ. Y divide sus bienes entre su sobrino y su mujer. Cerca de siete ú ocho millones deja á cada uno.
FRANTZ. Y á ti, qué te deja?
FRITZ. A mi?... Me dejaba 500,000 francos, pero he hecho borrar el articulo.
FRANTZ. Mal hecho.
FRITZ. Por qué?
FRANTZ. Porque esa era ya la mitad del millon que me has prometido.
FRITZ. Y de dónde tomaba la otra mitad?
FRANTZ. Y de dónde tomarás el todo?
FRITZ. Comprendes los apólogos, Frantz?
FRANTZ. Si, cuando no son muy inteligibles.
FRITZ. Pues escucha. Esto comienza como un cuento de hadas. Habia un médico muy sabio que estaba á la vez enamorado de la mujer y de la fortuna de su amigo.
FRANTZ. Ya comprendo.
FRITZ. Cuando este amigo hablaba una mañana, ó una noche, poco importa, con él en un sendero oculto del jardin, en donde nadie sabia que estaban juntos, este amigo cae de repente herido de una apoplegia fulminante. Dos minutos despues de este accidente, el doctor llamaba á la puerta del castillo, diciendo que tenia una noticia muy importante que anunciar á su amigo. Al momento se ponen á buscar al amo de la casa, á quien se encuentra espirando. El doctor saca su lanceta y lo sangra... pero era demasiado tarde... la sangre no salió. Qué fatalidad! Si yo hubiera estado aqui, grita el doctor, cuando le acometió el accidente, lo hubiera salvado!.. El amigo murió. Un año despues, el doctor, se casó con la viuda y sus ocho millones; casamiento que le facilita el pagar una deuda que habia contraido con el hermano de esta viuda, quien, por su parte, con la esperanza del millon, ayuda á la boda con todas sus fuerzas.
FRANTZ. (*retrocediendo.*) Fritz, Fritz, á fé mia que se han ahorcado personas que lo merecian menos que tú.
FRITZ. Te engañas, Frantz; á los asesinos y á los matadores son á los que se ahorcan; á los tontos que matan; pero en ningun código hay pena para el médico que deja morir.
FRANTZ. Y... con la mano sobre la conciencia, y suponiendo que tienes una conciencia, le darias la vida si quisieses?
FRITZ. Asi lo creo.
FRANTZ. Adios, Sturler. Si permaneciese aqui!...
FRITZ. Vamos, qué sucederia?
FRANTZ. Sucederia que yo lo contaria todo.
FRITZ. Y harias una grandisima tonteria... porque él no te creeria, y tu perderias un millon. Pero tú has venido aqui para algo.
FRANTZ. Si.
FRITZ. Para decirme que no te queda un cuarto de tus trescientas mil libras?
FRANTZ. Justamente.
FRITZ. (*levantándose y sacando una llave del pecho.*) Esta es la llave de la caja del conde... Toma 10,000 francos y aléjate. Yo me encargo de justificar el empleo de esta suma.
FRANTZ. No importa, Sturler, no por eso dejaré de ser un infame ladron.
FRITZ. El dia en que te entregue tu millon, me tendrás por el hombre mas honrado de la tierra. Adios! (*Frantz sale.*)

ESCENA XI.

FRITZ, *solo*.

Quizás he hecho mal. El daño consiste en el remordimiento de conciencia, pero necesito de él cerca de su hermana, y estoy mas seguro con un cómplice que con un amigo.

ESCENA XII.

FRITZ, HERMAN.

HER. Fritz!
FRITZ. (*asustado.*) Cómo? Ah! Sois vos, señor conde?
HER. Estais solo?
FRITZ. Ya lo veis.
HER. Creia que el caballero de Stanffembach estaba contigo.
FRITZ. Venia para pedir al señor conde diez mil francos; pensé que el señor conde no se los rehusaria, y se los di... Ha partido dejándome mil gracias para su bondadoso hermano, y todo su afecto para su hermana.
HER. Tanto mejor Celebro el que estemos solos, porque... Fritz, quiero hablarte.
FRITZ. A mi, señor conde? Aqui me teneis.
HER. Procura que nadie nos interrumpa.
FRITZ. Nadie nos interrumpirá. (*para si.*) Qué querrá decirme?
HER. Fritz, responde á la vez como amigo y como médico. La enfermedad que padezco es mortal, no es verdad?
FRITZ. Señor conde!..
HER. Los hombres... En nombre del cielo, Fritz, háblame ahora, no como hablarias á una mujer ó á un niño, sino como hablarias á un hombre.
FRITZ. Con que quereis la verdad?
HER. La verdad completa. Estoy condenado, no es asi?
FRITZ. Por la ciencia humana, si; pero aun no tal vez por el poder infinito de Dios!
HER. Es decir que seria preciso nada menos que un milágro para salvarme? Ahora, Fritz, si Dios no hace este milágro, y es probable que no lo haga, cuánto crees que me resta de vida? Te callas? Vaya! Soy demasiado exigente... lo conozco. Semanas... (*Fritz no respende.*) Dias...
FRITZ. Dadme vuestra mano, conde. (*le toma el pulso.*) Quereis la verdad?
HER. La quiero!

FRITZ. Sabeis que nadie puede fijar un término exacto á la vida humana?

HER. Esacto, no; pero aproximado, si.

FRITZ. Pues bien, conde! Si los accidentes se multiplican, como hace un mes, podeis contar aun con diez ó doce dias... porque de un momento á otro una crisis mas fuerte...

HER. Puede arrastrarme, no es verdad? Bueno! Ya ves que era tiempo de hacerte esta pregunta, mi querido Fritz.

FRITZ. Sin embargo, con buenos tratamientos...

HER. Gracias, Fritz... Haz llamar á Karl y á Maria... Quiero hablarles al momento.

FRITZ. Quereis?..

HER. Haz lo que deseo, Fritz.

FRITZ. (*yendo al fondo.*) Hubert, prevenid á la señora condesa y al señor baron, que el conde les espera aqui. (*volviendo.*) Yo me retiro, señor conde.

HER. No, no, mi querido Fritz. Tus cuidados y tu afecto te han hecho de la familia. Permanece, amigo mio.

FRITZ. (Oh! que irá á pasar aqui?)

ESCENA XIII.

Los mismos, MARIA.

MAR. Me habeis llamado, amigo mio, y aqui me teneis. No os habia dejado mas que un momento y esperaba.

HER. Ven, idolatrada de mi alma, ven.

ESCENA XIV.

Los mismos, KARL.

KARL. Me habeis llamado, tio? Oh! perdonadme.

MAR. (*para si.*) Karl!

KARL. Maria! (*quiere retirarse.*)

HER. No, no, acércate. Soy yo quien te ha hecho llamar. Acércate; tú tambien, Maria, acércate. Quiero hablaros á los dos.

KARL. y MAR. A los dos! (*se miran.*)

FRITZ. (*en el fondo.*) Oh!

HER. A los dos, si. Hace un momento, hijos mios, que yo estaba en el jardin; apoyada mi cabeza sobre la espalda de Maria miraba ocultarse el sol; me parecia que lo absorvia todo para llevarlo todo consigo, el vapor de las montañas, los cánticos de las aves, los perfúmes de las flores Yo seguia con mis ojos su lenta y espléndida agonia, y cuando él murió, parecia que toda la creacion murió con él. Entonces me dije que el que renacia al dia siguiente mas joven y mas brillante; que el que renaciendo, devolvia todas las mañanas á la naturaleza su traje de desposado; que él, él tenia el derecho de aceptar este duelo de un instante, esta noche momentánea, esta desaparicion efímera; pero que un hombre que hiciese lo mismo cuando su muerte es eterna, que este hombre se asemejaria á esos rayos del oriente que hacen decapitar sobre su pira á sus mas próximos parientes y á sus mas queridos esclavos. Yo no he querido que sucediese esto conmigo, y con vosotros. Tras de mi no quiero dejar el duelo, sino la alegria; no quiero dejar la noche, sino la luz; no quiero dejar la muerte, sino la vida. Maria, tú amas á Karl; Karl, tú amas á Maria!

MAR. Gran Dios!

KARL. Qué decis!

FRITZ. Oh!

HER. No os ruboriceis, frentes castas; no os volvais... miraos lealmente.

MAR. Yo os juro...

HER. No jureis. Ese seria un santo y religioso perjurio, lo sé; pero no importa, no jureis Oh! sé muy bien que no solamente os habeis ocultado este amor el uno al otro, sino que hubieseis querido ocultarlo á vosotros mismos, que hubieseis querido ocultarlo á Dios; pero yo, yo con este ojo ávido y celoso de un moribundo, lo he visto todo; vuestras luchas, vuestros combates, vuestras angustias.

KARL. Dios mio! Dios mio!

HER. (*á Karl.*) Porque tú la amas, hijo mio, querias partir hoy, desterrarme, abandonarme. (*á Maria.*) Porque tú le amas, hija mia, querias que él, él partiese.

KARL. Yo no os he dicho nada; yo no he hecho nada. Cómo habeis podido saber que yo la amaba?

HER. Tus ausencias, tu palidez, tu inquietud, me lo han dicho por ti!

MAR. Pero yo, yo?

HER. Tú, hija mia? Antes de ayer, abatida por la fatiga, te dormiste junto á mi. Entonces un sueño vino á visitar tu frente abrasadora, á agitar tu seno palpitante. Tu castidad de angel, pobre niña, no pudo ir mas allá para velar sobre tu corazon. Entonces tus labios se entreabrieron, y en tu sueño el secreto de tu amor se escapó.

MAR. (*cayendo de rodillas.*) Oh! perdon, padre mio, pero somos menos culpables de lo que creeis. Oh! los dos necesitamos de escusas. Escuchadnos, escuchadme. Antes de veros, lo habia visto; antes de conoceros, le conocia.

HER. Es cierto?

KARL Si, si.

MAR. Esta desconocida, cuya defensa él tomó, esta joven por la cual se batió, era yo. Un cuarto de hora antes de vuestra llegada al castillo con Fritz, él habia venido. Oh! si me hubieseis visto palidecer cuando nombrasteis en mi presencia á Karl de Florsheim, entonces lo hubierais adivinado todo, comprendido todo, padre mio! Sin saberlo, le amaba ya.

FRITZ. Oh!

HER. Ya ves, Maria, que Dios mismo estaba en todo esto. Dios os ha conducido el uno al otro. Y yo que debia reuniros, os he separado. Yo era un obstáculo á la felicidad que Dios os reservaba. Dios me llama á si. Lo que Dios hace ahora está bien hecho.

KARL. y MAR. (*sollozando.*) Oh! oh! oh!

HER. Karl, tenias razon. Vas á partir para la Alemania. Es preciso que entre vosotros todo sea puro y casto como vuestros corazones; vé á donde querias ir, y vela sobre esta fortuna que al presente es la vuestra. Parte, Karl! Pero antes de partir, espera. Maria, Maria! Dame tu mano. (*se quita el anillo del dedo.*)

MAR. Qué haceis?

HER. Toma este anillo, Karl. Lo saco del dedo de la viuda del conde Herman; dentro de un año lo devolverás á tu mujer.

KARL. Nunca! nunca!

HER. Tu mano, Karl!

KARL. (*sollozando.*) Oh! (*Herman une la mano de Karl á la de Maria.*)

MAR. Oh!

HER. Puedo hacer mas, Dios mio? Decidmelo y lo haré. (*los dos jóvenes se arrojan en los brazos de Herman.*) Hijos mios, hijos mios... Oh! Esto es demasiado! Me matareis! Dejadme, dejadme. Idos, idos. En nombre del cielo, idos! (*Karl y Maria huyen cada uno por una puerta.*) Dios mio! Dios mio!!

ESCENA XV.

HREMAN, FRITZ.

HER. (*volviendo á caer desvanecido en un sillon.*) Oh! ..

FRITZ. (*viniendo lentamente del fondo y poniéndole la punta del dedo sobre la frente.*) Está bien, vivirás!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, WILDMAN, FRITZ.

MAR. Corred, Fritz, corred, amigo mio; parece que Mr. Karl, el consejero áulico, está herido.

WIL. Nada; os digo que no es nada. El jabalí le ha descosido el pantalon, y al descosérselo le ha cogido un poco de doblez.

MAR. No importa, id.

FRITZ. En dónde le hallaré?

WIL. A cien pasos de aqui, cerca de la abertura de las cañerias, junto á los tres caminos.

FRITZ. Voy.

ESCENA II.

MARIA, WILDMAN.

MAR. Y cómo ha sucedido eso, señor Wildman?

WIL. Ha sucedido, señora condesa, porque los jabalies y los consejeros áulicos no se conocen nunca. Felizmente tira muy bien el señor conde. Oh! no creia yo que tiraba tambien... le ha metido la bala en el mismo pescuezo. (*viendo venir al conde.*) Si, señor conde, lo decia por vuestra espalda y lo repito en vuestra presencia. Contaba lo bien que tirais...

ESCENA III.

Los mismos, HERMAN.

MAR. Oh! mi querido Herman, con que sois tan diestro como valiente?

HER. (*con jocosidad.*) Ya veis, Meleagre en persona, querida amiga, y el jabalí de Calydon no era mas que un chivatin al lado del que acabamos de matar.

MAR. Y el caballero de Falk?

HER. Felizmente mas miedo que daño. Y vos, mi querida dueña, habreis dispuesto..

MAR. Todo... cada uno de esos señores tiene su cámara, su fuego, su baño, y en saliendo de su cámara, la comida dispuesta en el pabellon.

HER. Bravo! He aqui la hospitalidad árabe. Ahora, me permitireis que dé la señal de la comida para todo el mundo?

MAR. No temeis?

HER. El qué?

MAR. Fatigaros el pecho.

HER. Ba! Estoy muy valiente, y será preciso ahora matarme para que yo muera.

MAR. Como gusteis, amigo mio. (*Herman pasa al balcon y toca la corneta.*)

ESCENA IV.

MARIA, MARTA HERMAN, *en el balcon.*

MARTA. Estás sola?

MAR. Si.

MARTA. Una carta.

MAR. Una carta?

MARTA. Para ti sola... urjente... y que hace ocho dias os espera en el castillo de Schawembourg; Blum la ha traido asi que ha visto que no volvias.

MAR. Dios mio!

MARTA. Qué?

MAR. Me parece...

MARTA. Que es su letra, no es verdad? (*Maria hace un movimiento hácia el balcon.*) Qué haces?

MAR. Voy á dar esta carta á Herman.

MARTA. Mira antes lo que dice, puesto que á ti viene dirigida.

MAR. Si, tienes razon, Marta... y por otro lado, la ocasion era mala. (*guarda la carta en el pecho.*) La leeré!

HER. Vamos, señores... á comer! A comer! (*viene.*) Vienes tú, Maria?

MAR. Gracias, amigo mio; ya sabeis que no me gustan mucho esos espectáculos; pero volvereis solo un momento antes de la comida?

HER. Todo lo que tú quieras, hija mia... Tienes algo que decirme?

MAR. Tal vez.

HER. (*á Marta saliendo.*) Qué tiene?

MATA. No s e!

ESCENA V.

MARIA, *sola.*

Oh! es suya! no me habia engañado! Fechada en Tolon!.. Está en Francia á pesar de todas las cartas que Herman le ha escrito? (*lee.*) «El año de prueba ha espirado, ó vá á espirar. He cumplido religiosamente los últimos deseos de nuestro idolatrado Herman. He aumentado vuestra fortuna de dos millones. He vuelto por Aden, Suez y Alejandria, para abreviar el camino. En treinta y dos dias he salvado la distancia que media entre Madrás y Tolon, y en siete ú ocho dias, atravesando el Danphiné y la Suiza, espero estar junto á vos. Esto es maravilloso, no es verdad? Pero tambien la ciencia y la industria han servido mis deseos... Oh Maria! Maria! Me amas aun como yo te amo! Maria, piensa que despues de este año de amor y de esperanza, me volveria loco si me viese obligado á renunciar á tu amor; Maria, te devuelvo nuestro anillo, anillo precioso que estrecho contra mi corazon, que apoyo contra mis labios!.. Ya llegó!.. Ya llegó!.. Ya llegó!.. Tu Karl.» Oh! Desgraciado! desgraciado!.. No

ha recibido las cartas que su tio le ha escrito, y vuelve creyendo que soy libre!

MARTA. El conde.

MAR. Oh! Un vaso de agua, Marta. (*lo bebe; Marta sale á una señal de Maria.*)

ESCENA VI.

MARIA, HERMAN.

HER. Aqui me tienes, Maria. Todos nuestros buéspedes están vistiéndose, y yo antes de hacerlo tambien, he venido como lo deseabas. Tienes algo que decirme, hija mia? (*llamando.*) Luces!

MAR (*vivamente.*) No, es inútil.

HER. Habla.

MAR No tengo nada que deciros hoy que sea mas importante que lo que os dije ayer .. no obstante...

HER. Qué?

MAR. Escuchadme, amigo mio, pero esperimento siempre una gran turbacion cuando os quiero hablar de lo pasado.

HER. Ya escucho.

MAR. Bien pronto, hará un año, querido Herman, que la feliz audacia de Fritz os salvó la vida, mediante una operacion, que hecha por otro, acaso hubiera sido mortal. La víspera de esta operacion, vuestro sobrino Karl partió para Madrás... creyendo... como todos... como vos mismo, en vuestra muerte próxima.

HER. (*sonriendo.*) Me vais á recordar que no he cumplido mi palabra?

MAR. Oh! Herman! Solamente quiero recordaros, que no habeis pensado bastante en el que esperaba desde lejos!

HER. No os comprendo, Maria. He escrito dos veces á Karl, le he dicho dos veces el milágro que Dios habia hecho conmigo. En la segunda de estás cartas le hacia dueño absoluto de la factoria de Madrás, que habia ido á vender, y despues le invitaba, entregándome con esto á su felicidad, que no volviese á Francia, porque no podria veros sin dolor y sin peligro. Karl tiene un corazon leal, sobre el que puedo contar, al menos asi lo espero; y no sé por qué quereis que piense continuamente en él; cuando vos... vos pensais por los dos?

MAR. Herman!

HER. Oh! No tomeis estas espresiones por una reprension, adorada mia; tu amistad de muger y tu afecto de angel no se han desmentido un solo momento, ni en tus vigilias, ni en tus sueños... Y te pido perdon de haber interrogado mas de una vez al uno y al otro, que nunca han arrojado ni un solo desvio. Creeme, Maria, mi reconocimiento te será eterno por este valor, por este dominio que has logrado sobre ti misma.

MAR Amigo mio, hay azares estraños que se asemejan á la fatalidad. Supongamos. . permitidme esta suposicion... supongamos que esas cartas que habeis encargado á Fritz para dirigirlas á la India...

HER. Qué?

MAR. Supongamos que esas cartas no han llegado á su término.

HER. Quién os ha podido hacerlo creer?

MAR. Pero no hemos convenido en hacer esta suposicion?

HER. Es verdad.. Supongámoslo, querida amiga.

MAR Pues bien! Si estas cartas, por azar, no hubiesen llegado á su término...

HER. Qué?

MAR. Si estas cartas interceptadas ó perdidas... Karl no hubiese sido avisado, y entonces...

HER. Entonces?

MAR. Sin tener la intencion de desobeceros... Karl...

HER. Volviese á Alemania. No es esto lo que quereis decir?

MAR. Con el recelo de que alguna cosa turbe vuestra tranquilidad, comprendeis... lo supongo todo, amigo mio.

HER. Y por qué razon la vuelta de Karl habia de turbar mi tranquilidad?

MAR. Porque...

HER. Oh! Tengo mejor opinion de vos que vos misma, Maria; me habeis dicho aqui, en este mismo lugar, cerca de esa Biblia, de pie y frente á frente como ahora estamos, me habeis dicho: He aqui mi mano, señor conde. Dios sabe que os la he dado pura, y que os la conservaré pura. Esta promesa me vasta, que Karl vuelva ó no vuelva, teniendo esta promesa, mi tranquilidad no puede ser burlada. Descansad como yo descanso, Maria, y esperad los acontecimientos con toda confianza en nosotros y en Dios. Vamos, vamos, desterremos estos locos pensamientos, hija mia, y no olvidemos que dentro de un instante estarán dispuestos nuestros convidados. (*la abraza y sale; apenas ha salido, se sienta Maria en un sillon.*)

ESCENA VII.

MARIA, MARTA.

MAR. Marta! Marta!

MARTA. Aqui estoy.

MAR. Está ahi Blum?

MARTA. Si.

MAR. No le ha visto el conde?

MARTA. No.

MAR. Es preciso que parta, es preciso que vaya á esperar á Karl... Karl llega; comprendes, Marta... él no ha recibido las cartas que el conde le ha escrito... no sabe nada.. es preciso que Blum espere á Karl en Schawembourg. Felizmente alli es á dónde él vá, creyendo que yo estoy alli. . le entregará una carta que voy á escribir... darán á Blum este bolsillo... Es preciso que Karl no me vuelva á ver.

MARTA. Pero me ha parecido que el conde...

MAR. Marta, el conde está celoso.

MARTA. Celoso! Estás segura de ello?

MAR. Te lo aseguro. He notado su respiracion oprimida, mientras que hacia un esfuerzo para hablarle tranquilamente... y cuando me estrechó contra su pecho, he sentido saltarse su corazon!

MARTA. Oh! estoy bien segura de que, á pesar de sus celos, cuando vuelva á ver á su sobrino, á quien ama tanto...

MAR. Si; pero y yo, Marta? Puedo yo responder de mi? Nada mas que con la idea de la vuelta de Karl, siento escaparse de mi vida. Si, despues de una ausencia como esta, él se me presentase de repente... Oh! creo que moriria!

Una pluma... lacre... papel. Marta, es preciso que yo escriba.

MARTA. Pero no seria mejor decirlo todo á tu marido?

MAR. Decirlo? Quieres que le diga que le amo? No lo sabe ya demasiado cuando leyó este secreto en el fondo de mi corazon, cuando yo luchaba por ocultármelo á mi misma? Quieres que le envie esta carta que acabo de recibir... esta carta en la que, el pobre loco, no habla mas que de su vuelta y de su felicidad? Quieres que le diga que ese año que ha corrido, lejos de estinguirlo, ha reanimado el fuego de nuestro corazon... en mi por el soplo de la desesperacion, en él por el de la esperanza? Quieres que le diga que él vuelve amándome mas que cuando partió, y yo que le esperaba, amándole aun mas que cuando le dejé? No, no, Marta, creeme, mejor es que el conde lo ignore todo. Mejor es que Karl lo sepa todo. Voy á escribirle, voy á suplicarle, le voy á conjurar en nombre del cielo; le diré que volverme á ver, es matarme! Una pluma, lacre y papel, Marta.

MARTA. Toma, pobre niña.

MAR. Bien. Observa si viene el conde... vela para que no nos sorprendan... yo, durante este tiempo... yo... yo... Oh Dios mio! Dios mio!

MARTA. Maria, valor.

MAR. Si, si... mientras que él no esté aqui, lo tendré.. vé... vé... déjame!

ESCENA VIII.

MARIA, *sola; escribe.*

Karl, en nombre del cielo! asi que recibais esta carta, dejad la Alemania, dejad la Europa; volveos al punto de donde venis. Dios ha conservado al hombre... mejor que hubo en el mundo... (*deteniéndose*) No veo. «El mejor que hay en el mundo; vuestro tio vive... un milágro lo ha salvado... le amo... soy feliz. (*lanzando un grito.*) Ah!

ESCENA IX.

MARIA, KARL.

KARL. (*entrando.*) Maria!

MAR. Ah! (*cae desvanecida.*)

KARL. Maria, Maria! Iba derecho á Schawembourg, cuando se me inspiró el volver á ver Stanffenbach, donde os vi por primera vez. Desde lejos apercibi esta luz trémula, y me dije que quizás ella os alumbraria.... he emprendido paso á paso este camino que otra vez habia seguido, y heme aqui, Maria! Maria! Oh! Dios mio! Desmayada! desmayada! Socorro! (*á Marta que aparece.*) Socorro!

MARTA. Dios mio! hija mia!

KARL. Un frasco de sales... corred. Maria! Maria! Soy yo; oye mi voz... Maria... es Karl... tu adorado Karl que va á morir si no le respondes... Oh! oh! (*deja caer sollozando su cabeza sobre las rodillas de Maria.*)

ESCENA X.

Los mismos, HERMAN, *que baja lentamente la escalera y viene á poner su mano sobre la espalda de Karl.*

KARL. (*levantando la cabeza.*) Mi tio! (*retrocede espantado.*) Oh! (*permanece un momento inmóvil y se palpa para saber si es todo aquello un sueño; despues dice sacando del dedo el anillo*) Tened, tio; os vuelvo lo que os pertenece... vivis.. vivis... y poco importa lo demas,

(Se arroja en los brazos de Herman, donde permanece desmayado, mientras que vuelve en si Maria. Esta encuentra la mirada del conde fija en la suya, coje la carta de Karl y la que ella habia escrito, y las presenta al Conde.)

MAR. Oh! leed! leed!

HER. (*tomando las cartas y rompiéndolas.*) Si, sé que no hay falta ni en el uno ni en el otro. Sé que es la fatalidad quien lo ha hecho todo. Veremos (*mirando á Karl.*) si la lealtad de un hombre... (*mirando á Maria.*) y si la virtud de una mujer pueden luchar contra la fatalidad.

ESCENA XI.

Los mismos, WILDMAN.

WIL. (*entrando.*) Los convidados esperan al señor Conde en el pabellon.. Calla! el señor Karl!

HER. Si, mi querido Wildman, Dios viene á devolvérnoslo en este momento, y la fiesta será completa... Anuncia á todos esta buena noticia, y prevenles que será preciso aumentar los brindis. (*Wildman sale.*) Karl, ya lo has oido... Somos dos hombres y de consiguiente debemos tener poder sobre nosotros mismos. Ven... Vos, Maria, es otra cosa, sois una muger... quedaos... yo escusaré vuestra ausencia. Ven, Karl, ven. (*salen.*)

ESCENA XII.

MARIA, MARTA.

MAR. Bien te lo decia que tenia celos.

MARTA. Y qué debemos hacer?

MAR. Nada. Esperar... esperar á que Dios ordene de nosotros lo que quiera. Hay ciertas situaciones en la vida... ya lo ves, Marta, en que no dependemos de nosotros mismos. Está en la mano del destino.., en que se respira ó se ahoga uno, segun él abre ó cierra su mano. Estamos perdidos; lo conozco, Marta! (*pone la mano sobre su corazon.*) Aqui! aqui! aqui está! (*despues sube lentamente los primeros escalones de la escalera, diciendo.*) Karl de Florsheim!

ESCENA XIII.

Los mismos, FRITZ.

MARTA. (*yendo á Fritz.*) Oh! señor Fritz, mi pobre Maria sufre mucho..

FRITZ. (*llamando.*) Maria!

MAR. Sois vos, Fritz?

FRITZ. (*á Marta.*) Dejadnos.

MARTA. Muy sabio sois, señor Fritz, pero hay enfermedades que no se curan (*sale.*)

ESCENA XIV.

FRITZ, MARIA.

FRITZ. Venid, Maria, venid un instante.
MAR. Sabeis que ha vuelto, no es verdad?
FRITZ. Si.
MAR. Y qué podeis decirme, vos que estabais ahi cuando nos obligó á confesarlo todo?
FRITZ. No es verdad que no debia dejar morir á mi bienhechor, cuando la ciencia me ofrecia un último recurso?
MAR. Oh! qué habeis dicho? Bendito seais por haberle salvado, Fritz. El es el mejor de todos nosotros, y es muy justo que él solo viva.
FRITZ. Quereis ver á Karl antes de su partida?
MAR. Va á partir?
FRITZ. Esta noche para Schawembourg. Me ha dicho que le espere aqui, y que quiere hablaros antes de dejar este sitio.
MAR. Gracias, Kritz, es mejor que no le vea. No le he visto ya demasiado para tranquilidad de todos?
FRITZ. Entonces ..
MAR. (*escuchando un ruido de pisadas.*) Es él que viene!
FRITZ. Si.
MAR. Cómo habrá dejado la mesa?
FRITZ. Debia pretestar la fatiga de la marcha, y en vez de retirarse à su cámara, partir para Sc hawembourg. El Conde, delante de mi ha dado orden de que le ensillen un caballo... Qué le diré de parte vuestra?
MAR Ah! nada! No necesitamos de palabras para saber lo que pensamos. Hasta mas ver, Fritz. Acaso yo tambien tenga que hablar con vos. (*sale.*)

ESCENA XV.

FRITZ, KRAL.

KARL. (*mirando el tapiz que aun se mueve.*) Ella estaba aqui contigo, no es verdad?
FRITZ. Si.
KARL. Ha partido al saber que yo venia?
FRITZ. Si.
KARL. Tiene razon. Y no obstante, es preciso que todavia la vea una vez, Fritz.
FRITZ. Deseabais hablarme, señor baron?
KARL. Tú no eres un hombre como los demas, Sturler, eres un filósofo, un pensador, un estoico. Tú no debes comprender tus deberes de médico del modo vulgar que los demas lo comprenden. Si un hombre estuviese condenado á una muerte dolorosa ó infamante, y te lo diesen moribundo, no serias tú seguramente el que tuviese la crueldad de volverle á la vida, para que la justicia de los hombres tuviese la satisfaccion de matarlo.
FRITZ. A dónde venis á parar?
KARL. Oh! Te digo esto como te diria otra cosa cualquiera. Sin mas palabras, quiero hablarte de mi.
FRITZ. Ya os escucho; podeis quejaros conmigo, que siempre consuelan las quejas.
KARL. Si, Fritz, tienes razon. Escucha ahora mis quejas, como tú dices, y despues juzgarás por ti mismo. En un año que hace que dejè la Alemania, segun sabes, en un año que hace habito la India, ninguna carta, ninguna noticia ha venido á destruir la esperanza qu llevé; hace un año que esta esperanza er mi vida... Un solo pensamiento ha circulado por mis venas, con mi sangre, y ha hecho palpitar mi corazon! Este pensamient era que Maria, que estaba destinada á ser m muger, y que nada en el mundo podia impedir el que lo fuese. Alprincipio de mi estancia en la India, conté por meses, despues po semanas, despues por dias... Parti y entonce conté por horas, y á medida que me acercaba no era ya por horas, era por minutos... er por segundos... En fin, llegué, la vi y crei que tocaba la felicidad. Un espectro, un espectr idolatrado ha venido á interponerse, á arrojarse entre los dos, y me ha dicho: «Karl, tod eso era una locura... todo eso era un sueño.. es preciso renunciar á la felicidad hácia la cua tendias tus brazos, á la cual tocaban tus manos! Es preciso! es preciso!« Yo.. yo... cesé de escuchar y me dije: «Es preciso morir!»
FRITZ. Morir?
KARL. Y qué quieres que haga? Veamos, dilo! Olvidarla? Me volveria á la India, iria hasta el fin del mundo, y no la olvidaria! Porque esto que hacia mi vida haria mi muerte! No, no quiero partir... quiero quedarme... quedarme y morir á su lado. Es el único bien que me concede esta felicidad .. y si no me lo concede, yo me lo concederé. He contado contigo, Fritz, como se cuenta con un hermano y con un amigo en la desgracia, como se cuenta con un testigo en un duelo.
FRITZ. Pero un testigo en un duelo tiene por mision lo contrario; tiene por mision separar la muerte, y no darla.
KARL. Si, en las condiciones comunes de un combate, cuando se juega la vida por una vagatela. Pero si el que va á combatir, por el contrario, quiere morir; si mira la muerte como una felicidad; si su muerte... si solamente su muerte puede asegurar la tranquilidad de dos seres que respeta y que ama, si muriendo muere sin mancha, honrado, sin dolores... si viviendo, por el contrario, se espone á ser traidor, perjuro, infame... si coje entre sus brazos, como yo te cojo á ti, á este testigo, á este amigo, á este hermano... si le dice con la mano sobre el corazon: «En nombre de lo que la amistañ tiene de mas santo, déjame morir.,.» no seria una crueldad, una impiedad, un sacrilegio obligarle á vivir? Dilo por tu alma y tu conciencia; dilo, Fritz.
FRITZ. Karl, no te comprendo. No es solamente al amigo, al hermano, al testigo al que te diriges en este momento... es al médico, al quimico, no es verdad?
KARL. A todos los que acabas de nombrar. Escucha; cuando sepa que tengo la muerte aqui, bajo mi mano... cuando sepa que no tengo mas que querer para morir, entonces tal vez recobraré mi valor y mi energia. Tú sabes que en nuestras escursiones en la América, en medio de los peligros de toda especie que hemos corrido y que tú afrontabas sin palidecer... sabes lo que yo te decia: «No es mérito ninguno el que yo tenga miedo... y si lo hubiera tenido, sacarias de tu pecho un pomo que contiene un licor rojo como la sangre, y en él hallaria una

muerte dulce, rápida y casi instantánea. Y porque no tenia miedo? Era por el veneno, no es verdad? Y mas de una vez me digiste, que en caso de necesidad, la mitad de este veneno me pertenecia... Entonces yo tambien he cesado de temer y me he dicho.. Fritz, recuerda tu promesa; el dia ha llegado, Fritz; Fritz, por todo lo que hay de mas querido en el mundo, no me rechaces... Fritz, dame ese veneno, y si no me lo quieres dejar, déjame que lo tome yo...

FRITZ. Karl, es sincero y profundo lo que me dices?

KARL. Oh! lo mas profundo y sincero de mi corazon!

FRITZ. Karl, no es la desesperacion de un instante la que te obliga á hacerme esta fatal demanda?

KARL. Es la desesperacion de mi vida entera.

FRITZ. Miralo bien, Karl; este veneno es rápido: no tiene antidotos; algunas gotas bastan para dar la muerte.

KARL. Es como yo lo deseo... Dámelo. dámelo!

FRITZ. Karl, teme á la exaltacion del primer momento,.. teme al arrepentimiento imposible... que se cambia en imprecaciones y en blasfemias!

KARL. Dámelo, y fija un término antes del cual no pueda hacer uso de él... mañana... pasado...

FRITZ. Ocho dias.

KARL. Ocho dias... bien! Por mi honor te juro, que no lo usaré antes de los ocho dias. Dámelo, dámelo!

FRITZ. Lo quieres asi?

KARL. Fritz, amigo mio... yo te lo suplico...

FRITZ. Tómalo.

KARL. Abrázame, Fritz! Dentro de ocho dias! Ocho dias! (*se precipita fuera de la cámara.*)

ESCENA XVI.

FRITZ, MARIA.

MA. (*saliendo de detrás del tapiz donde lo ha oido todo; y cayendo de rodillas con las manos estendidas hácia Fritz.*) Fritz, Fritz! Yo tambien!

FRITZ. (*fuera de si.*) (Los dos! el uno por el otro! Bien hice en interceptar las cartas!)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

HERMAN, JORGE.

HER. (*entrando, viendo en escena á Jorge.*) Ah! eres tú, Jorge..? Me han dicho que tienes una carta que darme de parte de Mr. Sturler?

JOR. Si, señor Conde.

HER. Dame.

JOR. Tomadla.

HER. (*rompiendo el sobre.*) Todos están buenos por allá?

JOR. Gracias al cielo, si; señor Conde.

HER. (*leyendo.*) «Escelencia, creo de mi deber preveniros, que hoy en el juego, el señor baron de Stanffenbach, ha tenido una disputa con un oficial estrangero, por una jugada que le parecia dudosa; de sus resultas, deben batirse mañana, cerca de Wilbad. Como sois cuñado del señor Baron, os participo este incidente, que tal vez no tendrá consecuencias funestas presentándoos en Baden. Si deseais otros detalles, Jorge os los dará verbalmente. Tengo el honor etc.» Tendrá hoy lugar el desafio?

JOR. Dentro de dos horas, señor Conde.

HER. No has oido la reyerta entre esos señores?

JOR. Creo que el señor de Stanffenbach ha insultado al oficial por su fortuna en el juego, y añadió que no estaria tan seguro de sus golpes á la espada ó la pistola, como lo estaba de sus naipes.

HER. El lance es grave... Vete, Jorge, y encarga á Hubert, de mi parte, que ensille dos caballos.

ESCENA II.

Dichos, MARIA.

MAR. (*entrando.*) Dejais á Stanffenbach, Herman?

HER. Ah! habeis oido ..

MAR. Sin querer... entraba. . Si... he oido que dabais la orden de ensillar dos caballos.

HER. Un negocio urgente me llama á Baden... volveré probablemente esta noche misma, dado caso de que pueda volver, (*Maria hace un movimiento, Herman bajo á Jorge.*) No olvides que el baron de Stanffenbach es el hermano de la condesa. Ya comprendes... ni una palabra que pueda inquietarla.

JOR. Oh! no tengais cuidado, señor Conde.

HER. Vete.

ESCENA III.

HERMAN, MARIA.

HER. Sabeis dónde está Fritz, Maria?

MAR. Creo haberle visto salir á caballo, amigo mio

HER. Podreis saber dónde ha ido?

MAR. No.

HER. (*suena una campanilla; entra un criado.*) Ha vuelto Mr. Fritz?

CRIADO. En este mismo instante... y... ya sube. (*sale el criado.*)

ESCENA IV.

Dichos, FRITZ.

HER. Habeis salido, Fritz?

FRITZ. Si; uno que tenia que hablarme me habia citado en los estanques. (*á Maria.*) Tengo una carta para vos. (*Maria se estremece.*)

HER. En los estanques? Muy bien! Maria, me escusareis. no es verdad? Tengo que hablar á Fritz con motivo de esta escursion.

MAR. Os dejo, Herman (Una carta!... En efecto, es el octavo dia.) (*vase.*)

ESCENA V.

HERMAN, FRITZ.

HER. (*agitado.*) Karl te esperaba en los estanques, es verdad?

FRITZ. Si.

Her. Qué hacia allí? No podia permanecer en Schawembourg?

Fritz. Hubiera deseado veros.

Her. Es á mi á quien desea ver?

Fritz. Ciertamente.

Her. Y cuándo?

Fritz. Hoy, si es posible.

Her. (*riendo.*) Aqui... sin duda!

Fritz. Aqui... ó en otra parte.

Her. E ignoras por qué desea verme?

Fritz. Creo que está á punto de tomar una gran resolucion.

Her Y esta gran resolucion, no podia tomarla desde luego, y darme parte despues?

Fritz. (*mirando al Conde.*) Conde, el médico ha hecho en vos un estudio interesante sobre la herida del cuerpo; pero en verdad que el filósofo tiene que hacer otro estudio aun mas interesante sobre la herida del alma.

Her. No comprendo lo que quieres decir, Fritz.

Fritz. Quiero decir que sois injusto, Conde!

Her. Injusto! yó?

Fritz. Si.

Her. Y con quién?

Fritz. Sois una de esas grandes almas, formadas y hechas para oir todas las verdades... Sois injusto con Karl y con Maria, Conde.

Her Y tú tambien, Fritz!

Fritz. Quién es culpable, ellos ó vos, decidme? Pobres jóvenes! Quién, cuando encerraban un fatal secreto en lo mas profundo de su corazon, quién los ha forzado aqui, en esta misma sala, á confesarse el uno al otro un secreto? Cuando, enfrente uno de otro, no querian convenir en que se amaban... quién les ha dicho: Vosotros os amais? Cuando toda esperanza estaba estinguida en sus corazones. quién les ha dicho: Esperad, yo lo quiero?

Her. Si, tienes razon... esta vez, tienes razon. Pero, por qué ha vuelto?

Fritz. Porque le habeis dicho que volviese.

Her. No le habia escrito que se quedase?

Fritz. Si no ha recibido vuestras cartas, como quereis que obedezca á las órdenes que contenian?

Her. Si no las hubiese recibido...

Fritz. Hace un año, Conde, no habriais dudado de la palabra de vuestro sobrino.

Her. Tienes razon, Fritz... si, tienes razon.... Soy injusto... Oh! pero, qué quieres? Con las fuerzas han vuelto las pasiones, y con las pasiones, los malos pensamientos. A medida que mis pies han tomado raiz en la tierra, he vuelto á ser hombre .. y todas las miserias de la humanidad han entrado en mi pobre corazon; purificado un instante por el camino que habia hecho ya hácia Dios. Oh! compadéceme, Fritz, compadéceme, pero no me acuses. (*pausa.*)

Fritz. Habeis alejado á la señora Condesa, pretestando que teniais que hablar conmigo, Conde?

Her. Si, es verdad. . lo habia olvidado. Su hermano Frantz ha tenido una disputa en el juego, y se bate mañana. Tu padre me escribe que el asunto es grave, y cree mi presencia necesaria en Baden.

Fritz. Y vais á marchar?

Her. Es decir, vamos á marchar... yo para arreglar este negocio si es posible; tú para acompañarle, si se bate.

Fritz. (Bien; tendrán el tiempo de hacer aqu durante nuestra ausencia, todo lo que tenga que hacer.)

Her. Iremos á caballo, si no estás demasiado fa tigado... Tengo necesidad de movimiento, d aire... La frescura de la noche me aliviará.

Fritz. Iremos como gusteis, Conde.

Her. Entonces mira si están ensillados los ca ballos.

Fritz. Voy al momento. (*bajo.*) Decididamente si no tengo á Satanás contra mi, mañana soy e solo heredero del Conde. (*vase.*)

ESCENA VI.

Herman, *solo.*

Si, tiene razon... soy injusto... si... he llegad al punto de dudar de todo... del honor, de l lealtad de los juramentos... y como decia e terrible anatómico, lo peor de todo esto, e que yo soy el solo culpable, y que no pued acusar á nadie mas que á mi... Vamos, vamos Herman, recobra tu razon... Porque has cam biado, has de suponer que los que te rodea han sufrido el mismo cambio? Porque te ha vuelto suspicaz, inquieto, desconfiado, quiere que los otros sean traidores, perjuros y des leales? No, no, Herman; Karl es siempre tu amigo Karl;.. Maria es siempre tu casta María Me ha parecido que cuando Fritz ha dicho que venia de los estanques, ella se ha estremecido... Me ha parecido que antes que ella se fuese, él la ha hablado bajo... Venia de ver á Karl... Quizá tenia alguna carta que entregarla de parte de Karl... Hubiera debido seguirle. (*va hácia la escalera.*) Yo debiera... (*va hácia la ventana.*) Oh! (*llevando sus manos á la cabeza*) En verdad que me admiro! Soy pues capaz de sospechar de mi sobrino! De seguir á mi muger! De espiar á mi amigo .. Heme aqui ya descendido á los celos vulgares.. á la baja sospecha... No, no, yo no me admiro, me avergüenzo de mi mismo! (*cae en un sitial.*)

ESCENA VII.

Herman, Wildman.

Wil. (*entra por la puerta lateral misteriosamente, mira si el Conde está solo, despues se aproxima á él sín ser visto.*) Dispensad, señor Conde, pero me he dicho, es preciso que hable de esto al señor Conde, en razon á que él es el dueño... y...

Her. (*levantando la cabeza.*) Ah! eres tú, Wildmann!

Wil. En un paraje abierto ó rodeado de fosos, puede pasar... y aun rodeado de fosos, es reprensible. Pero en un parque cercado de muros, es un delito.

Her. Qué dices, amigo mio?

Wil. Digo, señor Conde, que he reconocido pasos ..

Her. Dónde?

Wil. En el parque, de este lado.

Her. Está bien, mi querido Wildmann... pero no estoy de humor para cazar... mas tarde... otro dia... ya veremos.

Wil. Es que no son pasos de bestias feroces, señor Conde, son pasos de hombre.

HER. Eh! Qué dices?... Has reconocido pisadas de hombre en el parque?
WIL. Desde hace cinco ó seis dias, cuando yo me levantaba por la mañana para hacer mi reconocimiento, me decia: Estos son pasos. Estos son pasos! Hum!
HER. Oh! pasos del Halconero sin duda.
WIL. Halconero con botas barnizadas! Halconero con pies de este tamaño! (*sacando dos pajas de su bolsillo*) Tomad, aqui está la medida.
HER. Ah!
WIL. Solamente habia un momento en que perdia estos endiablados pasos. . sobre la pradera... porque, ya comprendeis, el rocio de la mañana, endereza la yerba. Entonces he dicho: Atencion, Wildman, eres guarda del parque, y tú respondes al conde de lo que pase en él, asi de dia como de noche.
HER. Y bien?
WIL. Y bien. He tomado á Lonchoneau... le he puesto una buena lazada al cuello, y le he soltado sobre la pista. Oh! al momento me ha conducido derecho al bosque.
HER. Al bosque! Bajo las ventanas de la condesa?
WIL Calla! justamente era bajo las ventanas de la señora condesa! Y yo que no habia reparado! Alli he visto otra vez los pasos... y habia tronchadas... Tomad, (*buscando en sus bolsillos.*) Aqui teneis una rama de acacia de la noche última. Vereis lo que sucede. No sé quien ata su caballo detrás del muro... á veinte pasos de la encina del emperador Maximiliano. Alli se puede ver... la tierra está pateada! Despues franquea el muro. Vá derecho hasta el mirador. Llegado alli, sigue la calle de los tilos. Al tercer tilo, se dirige á la pradera y marcha recto al bosque. ¡Esta es su guarida... Ahora, qué es preciso hacer, señor conde? Hay tres medios...
HER. Cuáles?
WIL. Pueden plantarse botellas rotas sobre el estremo del muro, y .. puede tenderse un lazo al pie del muro, y él caerá; ó puedo ponerme en acecho, y...
HER. Nada de eso, Wildman.
WIL. Ah!
HER. No. (*para si.*) (Oh! es él!.. Es él que salta la tapia del parque como un ladron, que viene hasta bajo las ventanas de la condesa... y quizá hasta ..) Wildman, ni una palabra de esto á nadie, entiendes?
WIL. Esto solo corresponde al señor conde. De él es el parque... en el tiempo en que el parque era del señor Frantz, á él le hubiera hecho mi relacion. . y esto hubiera correspondido al señor Frantz. Yo no conozco mas que mi deber.
HER. Si, es verdad, eres un fiel servidor... Me esperarás en tu casa, Wildman; no salgas esta noche, entiendes? No pongas el pie en el parque y encadena los perros.
WIL. Bueno! Entonces esperaré al señor conde.
HER. Si, vete... y de paso, di á Fritz que se adelante con Huberto; me reuniré á ellos en el camino de Baden.
WIL Bueno! El señor conde se reunirá á ellos?
HER. Si.
WIL. Entonces, no es preciso que yo vuelva?
HER. No, vete, vete.
WIL. No me moveré. (*viendo á Frantz.*) Calla, aqui está el señor Frantz.
HER. Frantz!

ESCENA VIII.

Dichos, FRANTZ.

FRANTZ. Si, yo soy, conde... Tengo que hablaros.
HER. Y yo, baron, estaba á punto de marchar, para ir á encontraros en Baden.
FRANTZ. Vos?
HER. Si Sturler me ha escrito lo que os habia sucedido hoy, é iba á ofreceros mis servicios.
FRANTZ. Justamente vengo á hablaros á propósito de este asunto.
HER. Iba á enviar á Fritz delante... Estais aqui; es inútil que marche.
FRANTZ. Ibais á enviar á Fritz á Baden?
HER. Si.
FRANTZ. (*despues de una pausa.*) Dejadle marchar.
HER. Qué deje marchar á Fritz?..
FRANTZ. Si, mañana le llamareis, si deseais aun volverle á ver.
HER. Me decis esto con un tono singular, Frantz!
FRANTZ. Dejadle marchar.
HER. Está bien! Vete, Wildman. (*á Frantz.*) Es inútil que diga á Fritz que os ha visto, no es esto?
FRANTZ. Inútil... se quedaria... y ya os lo he dicho... es preciso que no se quede.
HER. Entendeis, Wildman! No habeis visto al señor baron Frantz?
WIL. Está dicho, no le he visto. (*á media voz.*) Y esperaré, sin embargo, al señor conde esta noche?
HER. Si, vete.

ESCENA IX.

FRANTZ, HERMAN.

HER. Ya estamos solos, baron. Teneis alguna cosa que decirme? Hablad!
FRANTZ. Si. Sabeis lo que ha pasado?
HER. Lo sé.
FRANTZ. Una reyerta en el juego. En una palabra, me bato mañana.
HER. Es cosa decidida?
FRANT. Si; pero admiraos, conde, de lo que es una mala disposicion. Habré tenido quizá diez desafios; otras veces no pensaba en los resultados, en tanto que hoy...
HER. Hoy... qué?
FRANTZ. Tengo una cosa inesplicable... un cierto presentimiento...
HER. Un presentimiento?
FRANTZ. Si, que me pronostica desgracia.
HER. Qué decis?
FRANTZ. Yo no sé si es porque he insultado sin causa á un hombre; pero en fin, lo cierto es, que he decidido veros antes de batirme. He cometido faltas graves hácia vos, conde; faltas muy graves.
HER. Vos, baron?
FRANTZ Si; en cuenta á medias con otro, es verdad. Pero, por mi parte, estas faltas...
HER. Estas faltas?
FRANTZ. Estas faltas me abruman. Si por casuali-

dad me matan mañana, lo que puede suceder facilmente, no quiero morir con la conciencia cargada de un crimen. Soy disipado, jugador... Soy todo lo que se quiera... pero no soy un bergante como Fritz.

HER. Cómo Fritz?

FRANTZ. Si, como Fritz.

HER. Tened cuidado con lo que decis, baron; hablais de mi mejor amigo

FRANTZ. Conde, hablo de vuestro mas cruel enemigo.

HER. Frantz!

FRANTZ. Tomad, aqui teneis ese papel, él encierra mi entera confesion... He preferido escribir á contar; esto es menos embarazoso. Despues, en caso de necesidad, un escrito firmado hace fé... Mañana de dos cosas la una; ó me matan ó mato. Si me matan, nadie desmiente á los muertos, porque los muertos no tienen interès en mentir. Si quedo vivo, me hago un deber en repetir en alta voz, y delante de quien quiera oirlo, lo que está escrito ahi. Dónde está mi hermana, conde?

HER. Vuestra hermana?

FRANTZ. Si, quiero decirla adios. Si me matasen, conde, hablareis de todo esto con ella, no es verdad? La suplicareis que me perdone, y la direis que en el fondo la amo, á pesar de los disgustos que la he dado. Os volveré á ver antes que marche, conde?

HER. No; dejo ahora á Stanffenbach por toda la noche.

FRANTZ. Entonces, conde, buen viaje, á cualquier parte que vayais... y hasta mañana, ó pasado mañana, si lo dispone Dios!

HER. Hasta mas ver, baron.

FRANTZ. No quereis darme la mano?

HER. Con la mejor voluntad.

FRANTZ. Ah! gracias! Respiro mas facilmente ahora que tengo la conciencia libre. Adios, conde, adios. (*entra en la habitacion de Maria.*)

ESCENA X.

HERMAN, *solo.*

Qué sucede hoy, Dios mio! Hay dias en que los acontecimientos que bastarian á toda una vida, se agrupan y se precipitan para venir á caer sobre nosotros en algunas horas... Fritz mi enemigo! Fritz un infame!.. Qué es lo que me amenaza aun de nuevo? Y no tengo bastante con mis dolorosos recuerdos! Es verdad, me parece que tengo aqui, en esta mano, alguna revelacion infame, odiosa, mortal... Oh! libro fatal de la vida, de que cada crepúsculo vuelve una hoja... Creia sin embargo no estar en tu mas terrible página! (*abre la carta y lee, despues levanta lentamente la cabeza.*) Horror! horror! no me mataba, me dejaba morir..... Queria desposarse á la vez con mi viuda y mi fortuna. Mi curacion misma era una venganza. Oh! si querias vengarte de mi, Fritz... Ah! como lo has conseguido! Por qué habrá estraviado Dios la ciencia humana en las manos de semejante demonio! (*leyendo.*) El es el que ha interceptado las cartas... él quien ha causado la vuelta de Karl! El es el que los ha puesto en frente uno de otro; á ellos á quienes yo creia separados para siempre! El en fin, es el que me atormenta en este momento... Oh! miserable! miserable! menos miserable sin embargo que los que me engañan! El, él no ha fingido nunca amarme! El no templaba por mi su mano helada! El no ha ablandado nunca por mi su mirada de hiena! Si. El no ha encontrado nunca una boca humana para su boca de serpiente! Oh! no será sobre él, no recaerá en él, el peso de mi venganza? Por qué habia de castigarle?.. Yo no le amo! Que sepa que nada ignoro... que todo se lo perdono, y que esto sea su solo castigo. (*toma una pluma y escribe debajo de la confesion de Frantz.*) He leido, creo, y perdono... Ahora como debo una recompensa á sus cuidados, como á pesar de todo me ha salvado la vida, como rehusaria probablemente semejante bagatela, despues de la esperanza que ha tenido de poseerlo todo, lo que yo queria dejarle á él, se lo dejaré á su padre. (*lee.*) Bono de doscientos mil florines, que suplico á Mr. Heckeren pague á Mr. Sturler, padre, á titulo de remuneracion por los cuidados que me ha prodigado su hijo, cuidados por los cuales Fritz ha tenido la delicadeza de no aceptar nada.» (*pone los papeles en dos sobres y escribe.*) Sturler padre... Sturler hijo... Suben... Ah! es él... No esperaba volverle á ver... Valor, Dios mio! Yo soy el conde de Herman, y él es un miserable.

ESCENA XI.

HERMAN, FRITZ.

FRITZ. Me han dicho, que debo marchar sin esperaros, conde, y que vos os reuniriais á mi.

HER. (*sin mirarle.*) Si... Hacedme un favor, Fritz.

FRITZ. Cuál, señor conde?

HER. Esta carta es para vuestro padre, dádsela vos mismo.

FRITZ. Se la entregaré. Es esto todo lo que el señor Conde tenia que decirme?

HER. Todo. (*llama.*)

FRITZ. Qué deseais?

HER. Decir una palabra á Jorge, el mensagero de vuestro padre.

FRITZ. (*por la escalera.*) Subid, Jorge. El señor conde no tiene otra cosa que mandarme antes que marche? (*entra Jorge.*)

HER. Nada.

FRITZ. (*á si mismo.*) Oh! se quedará en lugar de marchar. He aqui lo que podria cambiar el desenlace que esperaba. (*vase.*)

ESCENA XII.

HERMAN, JORGE.

HER. (*siguiendo con los ojos á Fritz; despues que desaparece, dice.*) Bien! Ven acá, Jorge; toma esta carta y llévala al señor Sturler padre... él se la dará á su hijo en cambio de la que su hijo va á entregarle.

JOR. El señor Conde observará que la carta vá dirigida al señor Fritz.

HER. Si, Jorge; pero deseo que el señor Fritz la reciba de manos de su padre... y despues, comprendes, Jorge, despues que haya dado á su padre la carta de que es portador, esta es la respuesta.

JOR. Está bien, señor Conde.

HER. (*dándole un bolsillo.*) Toma, buen Jorge, esto para ti, por tu trabajo y el que te proporciono ahora.
JOR. Oh! Señor Conde!...
HER. Toma y vete. (*le aprieta la mano.*)
JOR. El señor Conde me hace el honor!..
HER. La mano de un hombre honrado es tan rara, mi buen Jorge, que es preciso estrecharla do quiera que se encuentre. Anda, vete.

ESCENA XIII.

HERMAN, *solo.*

Y ahora solo queda aqui Frantz... Frantz vá á marchar... todo pasará entre los tres... (*suena ladrido de perros.*) Ah! los perros de Wildman que ahullan... Sin duda salta ahora las tapias del parque... Oh! por dónde sabrá que no estaré en el castillo esta noche, y que podrá venir con toda libertad... Ah! si ellos me engañasen... si hubiesen mentido.. si son perjuros... Desgraciados!.. Bueno, Frantz se aleja... ya era tiempo. (*vase.*)

ESCENA XIV.

FRANTZ, MARIA.

FRANTZ. Es singular, hermana mia; yo que venia á buscar la alegria á tu lado, me vuelvo mas triste que habia venido.
MAR. Qué quieres, Frantz!.. Hay dias marcados de antemano con una raya sombria... y estamos en este dia.
FRANTZ Por ventura, no seria ya el mismo el conde Herman?
MAR. Silencio, Frantz; no hablemos del conde, si no con veneracion y respeto.
FRANTZ. En buen hora. . esto me tranquiliza por ti al menos; pero como notaba que estaba taciturno... que tú estabas triste... como ha marchado sin decirte adios .. me ha parecido...
MAR. (*temblando.*) Es verdad... ha marchado sin decirme adios.
FRANTZ. Yo no haré otro tanto... lo tendria como preságio de desgracia... Adios, hermana mia, adios... no te olvides en tus oraciones del nombre de Frantz... nadie sabe lo que podrá sucederle.
MAR. Si, Frantz, tranquilizate... rezaré esta noche por ti... por mi... por todos. (*llamando.*) Marta! Alumbra á Frantz, y quédate abajo..... Deseo estar sola... entiendes... sola... Adios, Frantz.
FRANTZ. Dime, Maria, por qué no me dices hasta mañana?
MAR. Adios!
FRANTZ. Diablo!.. mal preságio! En fin...
MAR. Buenas noches, Marta.
MARTA. No teneis necesidad de mi?
MAR. No... abrázame... buenas noches. (*con voz ahogada*) Alumbra á Frantz.
MARTA. Venid, Baron. (*salen.*)

ESCENA XV.

MARIA, *sola.*

El Conde ha marchado sin decirme adios... mejor es asi... Quién sabe si hubiera podido dominarme... si al dejar á este hombre tan bueno, tan grande... con la idea de que es para siempre .. quizá... quién sabe si se hubiera escapado de mi corazon el terrible secreto?... (*saca de su pecho el billete de Karl.*) «Maria, mi resolucion está tomada, me alejo.. pero antes de partir quiero veros una vez... una vez sola... voy á hacer un viaje. . largo, ciertamente... eterno quiza. . (*hablando.*) Eterno, si. (*leyendo.*) Venid, os lo suplico... venid, hermana mia, al pabellon, de que tengo la llave... Si sois libre.. si el Conde está ausente .. si podeis recibirme en el castillo, abrid la ventana... asomaos y agitad un pañuelo.. yo sabré lo que esto quiere decir. Pedid al señor su poderosa misericordia para mi.—Karl. (*Maria se levanta lentamente, va á la ventana, la abre, se adelanta y agita su pañuelo.*)

ESCENA XVI.

MARIA *en el balcon, el* CONDE HERMAN *en lo alto de la escalera.*

HER. No me habia engañado .. le esperaba. (*pasa á la cámara del fondo.*)
MAR. Estaba alli como las demas noches .. solo que las demas noches no sabia que le estaba viendo (*se sienta cerca de la mesa, inclina su mano derecha y apoya su cabeza sobre la izquierda.*)

ESCENA XVII.

MARIA, KARL.

KARL. (*abre la puerta situada cerca de la ventana, mira, vé que Maria está sola y se aproxima lentamente á ella, y sin tocarla pone una rodilla en tierra.*) Maria!
MAR. Habeis querido darme el último adios, Karl... no podia rehusaros este favor.
KARL. Gracias; me habeis comprendido. Yo no podia marchar... dejar la tierra que pisais... el aire que respirais. . no podia poner tiempo y distancia entre nosotros... sin deciros por última vez que os amaba... sin oiros decir, que sin este destino fatal, vos tambien me hubierais amado.
MAR. Ah! No solamente os hubiese amado, si no que os amo, Karl. Pero dejadme rependeros vuestra falta. Por qué pedirme una última entrevista .. y cuando os la concedo, por qué tratar de engañarme?
KARL. Yo tratar de engañaros?
MAR. Por qué decir, que venis á darme un adios por última vez..... para mentir diciéndome adios?
KARL. Yo engañaros!.... yo mentir!
MAR. Si, Karl... no es el tiempo y la distancia el que vais á poner entre nosotros... es la eternidad!
KARL. Dios mio! qué decis?
MAR. (*mostrando la puerta de su habitacion.*) Karl, yo estaba alli, hace ocho dias... alli, detrás de esa tapiceria, cuando pedisteis el veneno á Fritz, y cuando Fritz os lo dió.
KARL. (*cayendo de rodillas.*) Oh! perdonadme, perdonadme... pero no puedo acostumbrarme á la idea de perderos para siempre... despues de

haber tenido la esperanza de poseeros... Maria, Maria, morir durante largos años, no sería vivir... Maria, dejadme morir.

MAR. (*sacando un pomo del pecho.*) Mirad, Karl.

KARL. Un veneno!

MAR. Como el vuestro. Hubiera consentido en veros sin él?

KARL. Maria! Maria! Qué decis? Qué haceis? Yo no puedo consentir que vos murais!

MAR. Y por qué, cuando vos moris?

KARL. Y él, y él, Maria!... Vais á abandonarle, á dejarle solo en el mundo? Ah! Dios mio! me espanto con la idea del mal que vais á causarle. Maria, por él, que me maldeciria. Por favor, no murais.

MAR. El corazon del Conde es noble y sabe amar á las personas como conviene á su felicidad. Me amará mas muerta que desesperada.

KARL. Maria, vivid! En su nombre os lo suplico de rodillas!

MAR. Y si á fuerza de pensar con disgusto en vos, en vos... Oh! el corazon es injusto algunas veces... si á fuerza de pensar con disgusto en vos, llego á odiarle?

KARL. Oh! si... si... teneis razon... Si, Maria! mejor es que muramos amándole, bendiciéndole, como le amo y le bendigo Seremos allá en el cielo dos séres puros, dos criaturas castas, no manchadas con un mal pensamiento... Seremos dos que pediremos á Dios por él. Tienes razon, Maria!.. Muramos juntos... muramos mi mano en tu mano; muramos diciéndonos que nos amamos, y repitiéndonoslo con los ojos, cuando no podamos decirlo con los labios; muramos tu pecho contra el mio, para que disminuyan juntos los latidos de nuestros corazones, y cesen al mismo tiempo, para que Dios no envie mas que un angel por ti y por mi.... para que este angel pueda tomar en su mano nuestras dos almas, y depositarlas como dos blancas palomas á los pies del Señor.

MAR. No, no, Karl; no nos entreguemos á esta alegria, porque muriendo juntos, muriendo el uno junto al otro, se calumniaria nuestra muerte. Es preciso que el conde, cuando ponga á su esposa en la tumba de sus padres, tenga todavia orgullo de su esposa, sabiendo que la pone casta y pura como ella le ofreció bajar. No, Karl, vais á dejarme, á refugiaros en ese pabellon... despues, dentro de cinco minutos, cuando dé la hora .. diciéndonos: Maria, yo te amo!» Yo diciendo: «Karl, yo te amo!..» Nos despediremos de esta mundo, que dejamos tan jovenes y tan desgraciados!

KARL. Maria, quereis...

MAR. Si, es preciso que sea asi ..

KARL. Pero si antes algun obstáculo imprevisto... si... si la fuerza os falta... oh! acordaos, Maria, os lo suplico, os lo suplico...

MAR. Si algun obstáculo sobreviene, si me faltan las fuerzas.. si tomo esta luz, y la elevo asi... (*coje la bugia y la eleva.*) Ahora, partid, Karl, adios, adios!..

KARL. Oh! dejaros asi .. sin estrecharos contra mi corazon...

MAR. Karl, eso es justamente lo que nos reunirá en el cielo.

KARL. Oh! vos sois un angel!... Adios, Maria, adios!

MAR. Adios, Karl! (*Karl sale.*)

ESCENA XVIII.

MARIA, *sola. Ella vierte el veneno en el baso de agua, lo mira un instante, despues va á caer de rodillas delante del reclinatorio, diciendo:*

No es verdad, Dios mio, que me perdonareis? (*Herman abre las cortinas del fondo, aparece muy pálido; despues, sin decir nada, con paso firme se acerca á la mesa, toma el baso, se lo bebe de una vez, y tomando la bugia la eleva en alto.*)

MAR. (*volviéndose.*) Ah!

ESCENA XIX.

Los mismos, KARL.

KARL. (*precipitándose en la escena.*) Maria! Maria! El Conde!

MAR. Karl! Karl! estaba alli!

HER. (*yendo á la Biblia y abriéndola.*) «Hoy 7 de junio de 1839, Maria de Stanffenbach ha consentido en tomar por esposo al conde Herman, y sobre este libro santo, el conde Herman ha jurado consagrar su existencia á la felicidad de Maria de Stanffenbach .. y á esta felicidad sacrificarlo todo... hasta su misma vida.» He cumplido mi palabra, Maria? (*cae y muere.*)

LOS DOS JÓVENES. (*cayendo de rodillas.*) Ah!

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Es copia del original censurado.

Madrid, 1851.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, núm. 13.